Ediciones *Le Monde diplomatique "el Dipló"*
Capital intelectual
**Serie La media distancia**

SERIE LA**MEDIA**DISTANCIA

Serie La media distancia | 5

# ¿Volverá el peronismo?

Juan Carlos Torre
María Esperanza Casullo
Julieta Quirós

**Prólogo**
Felipe Solá

LE MONDE
diplomatique

Ci Capital intelectual

© de la presente edición, Capital Intelectual S. A., 2018

**Capital Intelectual S. A.** edita, también, el periódico mensual
*Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur
Director: José Natanson

Coordinadora de la **Colección Le Monde diplomatique:** Creusa Muñoz
Director de la **Serie La media distancia:** Martín Rodríguez
Diseño de tapa: Cristina Melo
Diagramación de interior: Adriana Manfredi
Corrección: Alfredo Cortés
Comercialización y producción: Esteban Zabaljauregui

Paraguay 1535 (C1061ABC), Ciudad de Buenos Aires, Argentina.
Teléfono: (54-11) 4872-1300
www.editorialcapin.com.ar

Suscripciones: secretaria@eldiplo.org
Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar
Pedidos desde el exterior: exterior@capin.com.ar

ISBN 978-987-614-561-9

Hecho el depósito que ordena la Ley 11.723
Libro de edición argentina. Impreso en Argentina.
Printed in Argentina.

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin el permiso escrito de la editorial.

¿Volverá el peronismo? / Juan Carlos Torre ... [et al.]; coordinación general de Creusa Muñoz; dirigido por José Natanson; editado por Martín Rodríguez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Capital Intelectual, 2018.
100 p.; 22 x 15 cm - (La media distancia)
ISBN 978-987-614-561-9
1. Peronismo. I. Torre, Juan Carlos II. Muñoz, Creusa, coord. III. Natanson, José, dir. IV. Rodríguez, Martín, ed.
CDD 320

# Índice

**Presentación**
**¿Qué se puede hacer salvo hablar de peronismo?**
José Natanson y Martín Rodríguez 9

**Prólogo**
**El peronismo y el alma de los argentinos**
Felipe Solá 15

**Los huérfanos de la política de partidos revisited**
Juan Carlos Torre 19

**El perpetuo viaje hacia la barbarie**
María Esperanza Casullo 33

**La interna peronista del siglo XXI.**
**Enseñanzas desde Córdoba, corazón de un drama nacional**
Julieta Quirós 63

# Presentación

**José Natanson y Martín Rodríguez**

## ¿Qué se puede hacer salvo hablar de peronismo?

¿Volverá el peronismo? ¿Sobrevivirá a esta nueva crisis? ¿Siempre habrá peronismo? En un programa político de televisión se fijó en la grilla una mesa-debate entre columnistas sobre las posibilidades del peronismo en el 2019. Diversas noticias fueron sucesivamente posponiendo esa mesa que sin embargo, semana a semana, se restablecía en la grilla, hasta que una noche finalmente se pudo hacer. Siempre estaba vigente, y la permanente vigencia del peronismo (que incluye la muletilla de "no darlo por muerto") se ve en el síntoma de la absoluta naturalización con la que los profesionales del comentario político lo retoman como tema, como género, como interrogación. El ex senador bonaerense Juan Amondarain escribió en un intercambio en Twitter: "A veces me parece que más que un partido que gobierne bien y defienda sus ideas lo que queremos es un objeto de estudio".

El formato de la serie de libros **La media distancia** presupone una mecánica: nos formulamos una pregunta que consideramos flotante en la atmósfera política, elegimos tres autores capaces de escribir al respecto, luego un prologuista, finalmente una introducción, y así tenemos un libro. En este caso, sin embargo, el libro sobre el peronismo no nació de una pregunta específica, sino de una necesidad y una convicción: no aceptar lo

que “algunos”, desde el poder, quieren que nos preguntemos sobre el peronismo. No hay preguntas inocentes. Pero la pregunta flotante que el triunfo de Cambiemos en 2015 dejó fue la del fin del peronismo. Como con Raúl Alfonsín en 1983. Pues no.

En un mundo más gaseoso, donde el contagio retórico le quitó al pobre Zygmunt Bauman la palabra “líquido” para ponerla como adjetivo obligado en cualquier cosa, un mundo que vio caer el Muro de Berlín, las Torres Gemelas, Kadafi, que vio declinar a la Unión Europea, etc., cabe preguntarse si no habría llegado el momento de la “caída”, del ocaso definitivo del peronismo. Sin embargo, sigue habiendo razones concretas y específicas que nos despiertan la reflexión: la inconsistencia del programa de Cambiemos, el descascaramiento de la promesa meritocrática de un gobierno que dijo que necesitábamos pura economía y menos política, y la resiliencia objetiva del peronismo con su diversidad real. Ambas razones nos enfrentan a la lógica precisa de que el peronismo no sólo no ha muerto, sino que además es sensato creer que puede volver.

Como señala Juan Carlos Torre en su artículo, el 2001 golpeó las puertas de los comités radicales y de muchos partidos políticos que organizaban las preferencias del electorado argentino, pero dejó a salvo a las unidades básicas. El mérito –y con quien la historia debería alguna vez hacer justicia– de la presidencia de Eduardo Duhalde fue lograr, desde la estructura de poder que le quedaba, sostener la gobernabilidad argentina, y hacerlo en nombre del peronismo. Un peronismo que hacía un trabajo de maestranza mientras las luces se las llevaban las novedades participativas del momento (las asambleas barriales, la autogestión, Luis Zamora, los piqueteros; Rosendo Fraga decía en aquellos días que mientras la sociedad se deslumbraba por estos nuevos fenómenos Duhalde y Raúl Alfonsín se ocupaban por ejemplo de completar la Corte Suprema con la designación silenciosa de un nuevo juez: Juan Carlos Maqueda).

El kirchnerismo le agregó al peronismo como estructura de poder una estructura de sentimientos, una narrativa, una identidad juvenil. Pero el kirchnerismo nos quiso intensos antes que felices. Revivió a ese peronismo enclenque que habían dejado el menemismo y el duhaldismo, pero al precio de borrarle de su cultura una de sus contraseñas históricas (y discutibles): "Nunca hice política, siempre fui peronista". Frase que patentó el novelista Osvaldo Soriano y que fue repetida hasta el hartazgo en el cine, el teatro y la televisión costumbristas (*No habrá más penas ni olvidos*, *Gatica, el Mono*). Y que sintoniza con otra frase, atribuida a Lorenzo Miguel: "El peronismo es como comer fideos los domingos con la vieja". Es, en líneas generales, el peronismo de la generación de nuestros abuelos, tan sentimental y aparentemente contradictorio, al que la generación de nuestros padres quiso discutir y "precisar" ideológicamente hasta las últimas consecuencias. "El Viejo nos cagó", era la frase familiar y a la vez fatal de una madre montonera durante la crianza de alguno de nosotros. Nunca estuvo claro si esta enunciación, si la idea de un peronismo subterráneo, que más que proclamarse se da por hecho, un peronismo axiomático, que no requiere más demostración que la evidencia de su existencia, se repetía como algo positivo o no, ya que era una condición que enunciaban tanto los peronistas como los gorilas para ilustrar su "irracionalidad". Se trataba en todo caso de revelar la consistencia de un peronismo "natural", de una memoria histórica afectiva que quiso ser barrida a sangre y fuego primero por las dictaduras y luego por los procesos políticos de la democracia.

El proceso político que comenzó en 1976 cambió la estructura social y rompió la antigua homogeneidad del proletariado argentino. Pero muchas veces la profundidad de este proceso de cambios no se refleja en la inmadurez de la "pregunta periodística" sobre el peronismo: preguntarse por el peronismo es preguntarse por las mutaciones de las clases sociales argentinas.

¿Sigue siendo razonable pensar que todos los humildes votan al peronismo? ¿Sigue siendo razonable, tras el kirchnerismo, pensar que todas las capas medias son antiperonistas?

Forzando un poco el razonamiento, hasta se podría decir que el macrismo (gran organizador de los sentimientos de la antipolítica) irrumpió en la escena política argentina para partir al medio esa frase: quedarse con los que dicen "Nunca hice política" y regalarle al peronismo a los que solo son peronistas.

Al mismo tiempo, en contraposición al kirchnerismo fueron emergiendo una serie de alternativas peronistas que pretenden dotarlo de todo aquello que el kirchnerismo dejó afuera: el conservadurismo económico, la reivindicación de la gente común, las demandas del país pampeano y productivo, "la racionalidad". La lógica de esa fractura de culturas políticas es el eje del artículo de Julieta Quirós sobre una comarca cordobesa. Quirós revive allí las negociaciones entre unos políticos cuyas identidades son inestables pero que a la vez –como el papa Juan Pablo II, que hablaba varios idiomas pero que cuando sufrió el atentado gritó en polaco– no dejan de hablar, en momentos extremos, su lengua madre. Aparece allí algo así como una "naturaleza política" del peronismo. Quirós ensaya el descenso a la práctica concreta del poder administrativo argentino: los caminos de la burocracia, la lucha por los recursos, las palabras al viento y las palabras de honor de esas negociaciones que persisten en el corazón de la política territorial. El modo en que los peronismos nombran lo singular. Sin fetichismos.

María Esperanza Casullo complementa esa mirada en un texto que gira en torno al modo en que históricamente se ha abordado el mundo popular desde las "ciudades del conocimiento". Casullo reconstruye la filosofía de la historia ahí donde las ciencias ("sin querer") reproducen la misma fractura social que abordan: el viaje para volver, mantener la "otredad". En la relectura de una biblioteca básica del ensayo argentino

Casullo sitúa los abordajes de frontera que, en el siglo XXI, revisan la vida del conurbano peronista. Sin idealizar ni romantizar las formas concretas de esa política de márgenes, deja ver la estela perenne de una ideología del conocimiento social que lo impregna todo. Incluso más: que impregna también la práctica política oficial de hoy. Su tema son los viejos y los nuevos desiertos de la Nación.

La pregunta es, entonces, la inevitabilidad de la supervivencia del peronismo. El politólogo radical Andrés Malamud discute con los best sellers antiperonistas a lo Fernando Iglesias: "El peronismo es como el clima: hay que aceptarlo o emigrar". La virtud del artículo de Torre es pensar fríamente la escena temida del fin del peronismo a riesgo de equivocarse, en un margen de error tan autoconsciente que el propio autor se encarga de salvar. En el prólogo, Felipe Solá, penúltimo eslabón entre el peronismo tradicional y las clases medias, advierte sobre la esterilidad de pensar al peronismo como una parte constitutiva del alma argentina. El peronismo puede volver, dice, desea Solá, pero para eso tiene que construir una oferta. ¿Podrá hacerlo una vez más? Ya en ciertos cálculos de la politología, la economía y la sociología podríamos suponer que la profunda transformación de la estructura social que dio lugar al peronismo sugiere que hace rato están dadas las condiciones para su extinción. Pero esa pelota que siempre pega en el palo muestra no sólo la insuficiencia de los abordajes y la necesidad de repensarlo todo, sino también un "plus" argentino: ¿qué es eso que se niega a morir?

# Prólogo

**Felipe Solá**

## El peronismo y el alma de los argentinos

El libro que el lector tiene en sus manos es diverso en edad, en geografía, en género y en miradas. Y es sobre el peronismo. ¿Casualidad? Juan Carlos Torre, María Esperanza Casullo y Julieta Quirós construyen en tres registros completamente distintos las piezas de un rompecabezas, que resulta incompleto por dos razones: porque obviamente sus textos –potentes e inteligentes– no lo pueden completar, y porque se trata de un libro de cara al futuro. Y es en el futuro donde el peronismo seguirá escribiendo su historia. Así lo creemos. Así, muchos, lo queremos.

En las tres obras clásicas de literatura argentina que revisa María Esperanza Casullo (*Facundo*, *El Matadero*, *Una excursión a los indios ranqueles*), así como también en un pequeño pueblo de las sierras cordobesas que interpreta Julieta Quirós (sometido por el centralismo e invadido por una cultura urbana que lo obliga a hacer equilibrismo de corto plazo y contener una diversidad aún en lo pequeño), se elaboran tramas donde se articulan la geografía, la tierra, la tensión entre el centro y la periferia. El diálogo entre Casullo y Quirós, de fondo, es que ambas nombran, en el pasado y el presente, la actualidad de un problema argentino.

Es la geografía la que obliga a Juan Manuel de Rosas a transar con los gauchos, trabajadores por cuenta propia dueños de

la tecnología de manejar vacunos en una pampa sin alambrados, y con la chusma, que domina la faena y el desposte de reses. La geografía es también el desafío argentino para un militar aristocrático que lo tiene todo menos el desierto. Y va por él, porque sabe que así acrecienta fama y poder. Pero además porque ama ese territorio con pasión: hablamos de Lucio V. Mansilla, el dandy más estudiado por los intelectuales locales.

Los textos de Casullo y Quirós, a su modo, con sus exploraciones (mitológicas, literarias, territoriales, concretas) bucean en un ámbito común: el de la fractura argentina. Y lo hacen en un libro que les encarga responderse en torno al presente del peronismo. Esa "Historia" que reponen hace presente la gran teatralidad del peronismo, que nació para representar el drama argentino.

El artículo de Juan Carlos Torre, en tanto, reconoce que el peronismo ha superado la descalificación política que se instaló en la Argentina post 2001, el "Que se vayan todos". Una observación interesante que Torre transforma en hipótesis de trabajo: "La bronca popular –escribe– no resultó ser igual para todos porque el radicalismo perdió más de la mitad de sus votantes mientras que el peronismo sostuvo el 75% de ellos".

## El alma

Pero, ¿cómo leo estos textos potentes cuando creo íntimamente que el peronismo no tiene asegurado para siempre su lugar en el alma argentina?

Repitamos la idea: el peronismo ya no sabe si está asentado definitivamente en el alma argentina. Decir eso me implica, por supuesto, porque soy peronista, porque me defino como tal, pero es la descripción de una realidad que creo que vale la pena trabajar para cambiar. ¿Qué quiero decir al sostener que existe

esta inseguridad? No es, en principio, que no pueda volver a estarlo. Su matriz o su mito se corporiza sólo si es asumido por aquellos que están en capacidad de construir una oferta. El peronismo hoy debería ser una oferta al pueblo argentino, y ese desafío está por verse. No es algo que surja de él, no es el resultado de una demanda política, aunque pueda ser la respuesta a la demanda social. Es casi una imposición de la historia, por lo que sus chances pasan por su capacidad de construir una esperanza de cambio, de cambio superador, que recoja lo que está en la calle y lo transforme en política. La calle no produce oferta, la calle impone cosas cuando ya no puede más. Algo de eso está ocurriendo en estos tiempos.

Salvo cuando las crisis se precipitan y entonces se vuelve rotundo, claro y contundente, el mensaje de la calle suele ser confuso. Por eso estamos en un momento de responsabilidades de lectura de ese mensaje que se concentran en ciertos círculos, círculos que comprenden una gran cantidad de gente y posiciones muy diferentes: empresariales, industriales, comerciales, sindicales, políticas e intelectuales. Somos todos interpretadores, constructores de una oferta en base a la interpretación.

Esta forma de pensar la actualidad del peronismo, abandonando la idea de que en el pueblo está el mito peronista, fortalece las chances y permite alumbrar un futuro. Recuerdo el 83, el día después de la derrota electoral frente a Raúl Alfonsín, y la percepción de que el carnet que sacábamos en toda discusión política, sea con la izquierda o los radicales –"El pueblo es peronista"– súbitamente había vencido. De un día para el otro, sin haberlo imaginado, estábamos atrapados en una "democracia de los segmentos".

Sin embargo, pensar de este modo no significa aceptarlo. Los políticos somos por definición transformadores de la realidad. Ser político es incómodo, y así debe ser: significa colocarse en un lugar en el que estás obligado a decir que las cosas son de un

modo, pero que pueden ser distintas. Hoy el mito peronista no tiene la potencia que supo tener en el pasado, pero los pueblos esperan. Se perciba o no, los pueblos esperan: hoy el pueblo argentino está esperando algo.

Pero cuando, como hoy, aparece en el poder una elite depredadora que pretende construir una economía basada en la renta de los recursos naturales, como la minería, el petróleo o la soja, de la intermediación financiera y de mercados cautivos concedidos por un Estado que asume los riesgos (servicios, energía); cuando, como hoy, el adversario es directamente enemigo de cualquier proceso de desarrollo autónomo, es el peronismo, ahora sin el Estado, el que puede recurrir a su discurso integrador y constituirse en el único lugar suturador de las heridas más profundas. Porque el peronismo puede construir una oposición superadora de las situaciones sociales previas y ofrecerse como una solución.

**Juan Carlos Torre**

# Los huérfanos de la política de partidos revisited

Como ocurre con todo proyecto de investigación, aquel en el que me embarqué hace casi 15 años para escribir mi artículo "Los huérfanos de la política de partidos", fue el producto de una insatisfacción (1). La insatisfacción que entonces me producía el modo en que se interpretaba un hecho por cierto extraordinario de la vida política del país: los porcentajes hasta entonces nunca alcanzados por los votos nulos, los votos en blanco y la abstención en las elecciones de octubre de 2001. Esa visión predominante consideraba esos datos electorales como la manifestación de un contundente repudio de los ciudadanos a los partidos. Ese repudio estaba simbólicamente capturado por la consigna "¡Que se vayan todos!" que se alcanzó a oír en medio del fragor de las jornadas de protesta con las que terminó el año 2001 y que sellaron la suerte del gobierno del presidente De la Rúa.

A mi juicio esa interpretación era errónea. Se había producido sí un contundente rechazo pero éste no había afectado a todos los partidos por igual. Los dos pilares de la alianza gobernante, la UCR y el Frepaso, perdieron el 60% de los votos obtenidos dos años antes; el partido Acción por la República del entonces mi-

**1** *Desarrollo Económico*, Vol. 42, Nº 168 (en.-mar., 2003).

nistro de Economía, Domingo Cavallo, perdió el 80%. Pero, por su parte, el Partido Justicialista soportó comparativamente mejor la revuelta anti-partido: perdió un 25% de votos, y finalmente pudo –es verdad, no sin tropiezos– dar una salida a la emergencia política provocada por la renuncia del presidente De la Rúa.

En resumen, pues, la formidable ola de desafección partidaria prácticamente pulverizó al polo no peronista; entre tanto el Partido Justicialista logró esquivar en gran parte el voto-bronca y consiguió victorias electorales en casi todos los distritos de la geografía política. La hecatombe electoral del 2001, importante como fue, se distinguió, a su vez, con respecto a experiencias traumáticas como las que, por esos años, llevaron al colapso del sistema de partidos en Perú y en Venezuela. A diferencia de esas experiencias, el desenlace de la crisis en Argentina no fue el ascenso político de líderes *outsiders* al cuadro partidario existente, como Alberto Fujimori en Perú o Hugo Chávez en Venezuela. Más bien, fue la reposición del Partido Justicialista en su condición de partido predominante y de ancla del sistema de partidos argentino.

Para caracterizar a la masa de electores que quedaron a la intemperie con la diáspora de los simpatizantes de la UCR y la desaparición del Frepaso y de Acción por la República utilicé la expresión "Los huérfanos del sistema de partidos" y me pregunté enseguida: ¿hacia dónde habrían de canalizar sus preferencias políticas en el futuro? Para responder a esta pregunta introduje una diferenciación dentro del universo de "Los huérfanos de la política de partidos": hacia un lado aquellos cuyas preferencias políticas los inclinaban hacia el centro-derecha, como era el caso de los votantes del partido de Cavallo, y hacia otro, aquellos cuyas preferencias políticas los inclinaban hacia el centro-izquierda, como era el caso de los votantes del Frepaso y los desertores de la UCR.

Con los datos que tenía en el momento de escribir mi artículo sostuve que la canalización de esa masa electoral se orientaba

hacia dos nuevas agrupaciones creadas por figuras disidentes de la UCR, Ricardo López Murphy hacia el centro-derecha y Elisa Carrió hacia el centro-izquierda. Con la información que tenemos hoy sabemos que, al cabo de casi 15 años, la peregrinación electoral desatada por el cimbronazo del polo no peronista encontró para muchos un refugio: el que ofrece en la actualidad la convergencia del PRO, la UCR y la Coalición Cívica dentro de "Cambiemos."

Cuán sólido y estable es ese refugio los años por venir nos lo dirán. Al respecto, esto es, acerca de la solidez y estabilidad de ese refugio, creo que vale la pena tener en cuenta otra distinción que introduje en mi artículo del año 2003. La distinción entre los adherentes y los simpatizantes de los partidos. El vínculo de los adherentes con los partidos descansa sobre una relación de pertenencia cimentada en una prolongada identificación política. Por su parte, los simpatizantes se vinculan con el partido en función de la cercanía de sus preferencias con las propuestas del partido. Las expectativas de unos y otros con relación al desempeño del partido son, pues, diferentes. La identificación política de los adherentes produce un recurso de capital importancia para los partidos: la lealtad. Ese es un recurso invalorable porque la lealtad independiza el respaldo al partido de los resultados de sus políticas en el corto y mediano plazo. Como lo mostró durante años el núcleo de votantes fieles del radicalismo. A diferencia de lo que cabe esperar de los adherentes, los simpatizantes tienen con el partido una relación más laica porque, teniendo preferencias definidas, no las asocian de manera estable con ninguna fuerza política. Su respaldo tendrá un alcance específico, dependerá de los resultados de las propuestas del partido y estará en contraste con el apoyo más general y difuso de los adherentes que se nutre de una identificación afectiva con la organización partidaria.

He recordado esa distinción entre adherentes y simpatizantes y que equivale a la distinción por cierto conocida entre voto

de pertenencia y voto de preferencia con un objetivo: destacar que, a mi juicio, la mayoría de los electores de Cambiemos se compone de simpatizantes que a la hora de los comicios deposita un voto de preferencia y no un voto de pertenencia. Previsiblemente, si la gestión de Cambiemos no está a la altura de sus expectativas su reacción natural bien puede llegar a ser colocar en el banquillo de los acusados a los dirigentes de la actual coalición en el gobierno, retirándoles el respaldo.

Vista en perspectiva, la tendencia del electorado del polo no peronista a dar y a retirar su apoyo es lo que ha hecho de él, tanto en su variante de centro-derecha como en su variante de centro-izquierda, la clave de la dinámica electoral del país. A partir de 1983 es allí donde ha estado la fuente principal de la volatilidad del voto, y, en consecuencia, también la fuente principal del triunfo o la derrota de las ofertas electorales que han competido por el gobierno.

Por el contrario, el vínculo de la mayoría de los electores del Partido Justicialista con la organización ha sido tradicionalmente menos contingente y se ha mantenido "con lluvia o con sol", es decir, se ha comportado bastante ajeno a los avatares de sus políticas a lo largo del tiempo, garantizando al partido un caudal de votos nunca inferior al 35% del electorado. Con este telón de fondo, en el artículo sobre "los huérfanos", sostuve que la crisis del 2001 no había afectado significativamente la salud de los vínculos del electorado peronista con su partido.

Y agregué: las dificultades que es posible observar dentro del Partido Justicialista son muy distintas a las que exhibe el polo no peronista y, en su caso, tienen que ver sobre todo con su cohesión como maquinaria política. En principio, podría decirse que dificultades como ésas no tenían nada de novedoso. El conflicto por el poder dentro de la organización había sido un fenómeno recurrente en un partido caracterizado por reglas internas laxas y cambiantes. Lo que consideré novedoso en esas

dificultades es que tenían su origen en un conflicto de proyectos ideológicos, de un lado Carlos Menem con su propuesta hacia la derecha en línea con sus 10 años de gobierno y del otro sus rivales –por ejemplo, Antonio Cafiero y Eduardo Duhalde– con la reivindicación más o menos actualizada de la tradición nacional-popular. La intensidad de esa pugna parecía estar poniendo en riesgo la convivencia dentro del partido. Con los elementos disponibles en 2002 afirmé que esa disputa dentro del polo peronista tenía un final abierto.

Vista con los ojos de Torcuato Di Tella esa disputa encerraba un desenlace prometedor: la implosión de ese formidable *catch-all party* que era el Partido Justicialista, el cual, como el Partido Demócrata de Estados Unidos en los años sesenta –recordemos a John Kennedy versus la máquina política demócrata del Sur– daba cabida en sus filas a una gran diversidad ideológica. Partidario de una mayor homogeneidad de ideas y políticas con un signo hacia la izquierda, Di Tella esperaba desde hacía tiempo que la resolución de esa disputa le permitiera al Partido Justicialista liberarse del peso muerto de sus corrientes de derecha. Con ello, el Partido Justicialista podría convertirse con su base de apoyo popular en el gran articulador de un polo de izquierdas en el marco de un sistema de partidos "a la chilena" con una clara línea divisoria de izquierda/derecha.

La trayectoria ideal vislumbrada por Di Tella pareció hacerse realidad luego que Néstor Kirchner accediera a la Presidencia en 2003 y dos años más tarde, en 2005, conquistara el control del partido. Fue entonces que, en un viraje sorpresivo, le imprimió a su gestión una versión radicalizada de la tradición nacional-popular, en sintonía con el giro del péndulo político de América Latina hacia la izquierda impulsado por Lula en Brasil, Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia. La empresa política de Kirchner no sólo pareció poner fin a la larga espera de Torcuato Di Tella; también ofreció un refugio a un segmento

del universo que identifiqué en 2003: me refiero a huérfanos de la fallida aventura política del Frepaso. A poco de asumir la Presidencia, Kirchner proclamó su identificación con "la generación diezmada" –una designación en código para nombrar a los jóvenes de clases medias que en los años setenta habían tomado las armas en nombre del peronismo sólo para conocer primero la decepción y después la muerte–.

Con esa proclama y gestos contundentes en el frente de los derechos humanos logró reactivar a la izquierda peronista. Al abandonar su condición de célula dormida, los sobrevivientes de la generación setentista volvieron al primer plano, esta vez menos tocados por los valores republicanos que habían marcado su anterior encarnación en los tiempos del Frepaso y más animados ahora por el espíritu vindicativo que había originalmente rodeado su ingreso a la vida pública. Con ese espíritu se sumaron a la cruzada contra "el pejotismo" lanzada por Kirchner poniendo la mira en los cuarteles generales de su propio partido con vistas a construir un "pos-peronismo". Por obra del "fuego amigo" el país asistió por vez primera a la tentativa de poner fin al PJ tal como lo conocíamos, ese poderoso aparato hecho de políticos profesionales, jefes sindicales, redes clientelares.

Sin embargo, esa ambiciosa tentativa, que supo movilizar también el entusiasmo de nuevas generaciones, no pudo concretarse plenamente. Kirchner tuvo que aprender duramente una lección de la política: en democracia no se puede gobernar y querer cambiar al mismo tiempo el principal instrumento de gobierno, un partido que acompañe y sostenga las iniciativas. Con el paso del tiempo, la consigna "¡Que se vayan todos!" se fue poniendo en sordina a medida que desde la Presidencia Kirchner tuvo que rodear a su séquito de militantes fieles con la compañía de las ramas viejas del peronismo de siempre.

El arte de la combinación política dentro del magma peronista que distinguió a Néstor Kirchner murió con él a fines de 2010.

Sin su tutela y luego de la reelección un año después, en octubre de 2011, con el 54% de votos, Cristina Fernández gobernó durante su segundo mandato atrincherada detrás de un remedo de monarquía, con su corte de protegidos y delfines y conoció en 2015 el gusto amargo de una derrota en buena parte autoinfligida.

Hasta aquí llego en esta reconstrucción, por cierto esquemática, de los últimos avatares de la principal fuerza política del país. Con esta reconstrucción he querido delinear el escenario político dentro del cual me propongo en el presente artículo explorar una secuela de la crisis que fue el disparador de mi mencionado artículo "Los huérfanos de la política de partidos". Más concretamente, la pregunta que quiero formular es la siguiente: ¿le llegó al peronismo su 2001? Esto es, ¿la dinámica del colapso partidario que arrasó al polo no peronista está hoy acaso a las puertas del polo peronista amenazando no digo su supervivencia pero sí su condición de partido predominante? Si la causa de esta pregunta fuese sólo la disputa de candidaturas que hoy divide a la familia peronista la respuesta sería negativa: no es la primera vez que los peronistas concurren a las elecciones divididos, para el caso basta recordar las elecciones presidenciales del 2003.

Formulo la pregunta porque, a mi juicio, el contexto en que tiene lugar la puja de candidaturas esta vez es diferente; en la puja de candidaturas creo ver la expresión de un efecto social retardado de la crisis del 2001. Dicha crisis no fue sólo política con un efecto inmediato en la desafección partidaria que pulverizó al polo no peronista. Ella también exhibió en el rostro de la pobreza que trajeron al primer plano los saqueos en el Gran Buenos Aires la magnitud de la fisura abierta en el cuerpo social del país. Y como tal, puso de manifiesto también la magnitud del quiebre de la columna vertebral del peronismo, el mundo del trabajo. Para resumir el argumento que quiero explorar anticipo una conjetura: la candidatura de Cristina y la candidatura de Massa son la expresión bastante representativa

de dos fragmentos en los que están divididas las bases populares del peronismo.

Como habrán advertido el foco de este ejercicio especulativo es la provincia de Buenos Aires. La explicación es obvia: allí está concentrado el núcleo principal del mundo del trabajo del país y es allí también donde se juega el partido de fondo sobre el futuro del peronismo. ¿Qué decir de los peronismos de las otras provincias a los efectos de hacer conjeturas sobre el peronismo como movimiento político? Diría que esos peronismos son centralmente la cabeza de partidos provinciales que, a la manera de los neoperonismos de los años sesenta, acompañan desde una prudente distancia las tribulaciones del vértice del peronismo y concentran su energía política en las negociaciones con el gobierno central. Por cierto, llegado el caso habrán de definirse pero estimo que son actores secundarios en la resolución del conflicto.

Para entrar en el argumento que quiero explorar retomo la afirmación que acabo de hacer: el estado de fragmentación de las bases populares del peronismo. Se trata de una situación que está a la vista de todos y que colorea toda descripción del paisaje social y político del país. Para ponerla dentro de una perspectiva histórica reitero un lugar común: desde mediados de la década de 1940 en Argentina se desenvolvió lo que se conoce como la sociedad salarial, esto es, la inserción de amplios sectores de la fuerza de trabajo urbana dentro de las garantías de los derechos laborales, la protección de la seguridad social, la estabilidad relativa del empleo. Como todos los fenómenos sociales, ese panorama tuvo sus excepciones y no pocas veces estuvo amenazado.

Pero, en términos generales, caracterizó la excepcionalidad argentina entre los países de América Latina en los que fue más marcada la amplitud de la economía informal, las limitaciones de la política de bienestar social, los grandes bolsones de po-

breza. Ese panorama fue drásticamente alterado por las reformas de mercado implementadas en la década de 1990. Como consecuencia, un vasto universo de trabajadores fue confinado a niveles de privación material y social inéditos en el país y que todavía hoy están vigentes para un tercio de la población que se encuentra bajo la línea de pobreza. La otra cara de ese estado de cosas hoy la pone en evidencia el sector por cierto significativo –un 40%– de la fuerza de trabajo ocupado en la economía formal, organizado en sindicatos y asistido por las obras sociales.

La fractura social que acabo de evocar y que conocemos bien fue diluyendo la relativa homogeneidad de las condiciones de vida y de trabajo que por muchos años singularizó a las bases populares del peronismo. Dentro de esa relativa homogeneidad había por cierto diferencias, ¡cómo negarlo!, pero esas diferencias no tenían un carácter permanente ni definían taxativamente los proyectos de vida individuales. En cambio, los contrastes que hoy podemos detectar en la morfología del mundo del trabajo son más rígidos y delinean unas fronteras sociales que son más difíciles de franquear.

A la vista de este cuadro de fragmentación cabe una pregunta: ¿cuál es su productividad política? Creo que podemos convenir en que dos han sido hasta ahora sus principales corolarios. El primero en el plano de la acción colectiva. En el segmento de los sectores populares más postergados, la formación y el desarrollo del movimiento piquetero. Y, a su turno, en el segmento de los trabajadores formales, la reactivación del movimiento sindical. Entre ambas movilizaciones las relaciones fueron casi inexistentes; más concretamente, el movimiento piquetero libró sus luchas y se desenvolvió a espaldas del movimiento sindical. El segundo corolario de ese cuadro de fragmentación lo observamos en el plano de las demandas. Mientras el movimiento piquetero reclamó del Estado asistencia social por medio de bolsas de alimentos y programas de empleo mínimo subsidiados, el

movimiento sindical cerró filas y se unificó en defensa de esos enclaves de bienestar obrero que son las obras sociales y en la resistencia al pago del impuesto a las ganancias. Como reflejo de las asimetrías existentes la distancia entre ambas demandas no pudo ser más elocuente.

Cuando me pregunté antes si no había llegado hasta el peronismo el efecto retardado de la crisis del 2001 estaba haciendo referencia a los corolarios políticos de ese cuadro de fragmentación social, a saber, la gestación de una brecha dentro de las bases populares del peronismo. ¿Por qué hablo aquí de "un efecto retardado" de la crisis del 2001? Porque durante la larga temporada kirchnerista los efectos políticos de ese cuadro de fragmentación social fueron en parte neutralizados por obra de la acción estatal.

Con este señalamiento estoy en los hechos aludiendo al papel de la política. ¿Y cuál es el papel de la política?, podemos preguntar. El papel de la política es suturar lo que la dinámica social agrieta y separa. La política puede tomar, por ejemplo, la forma de una intervención estatal, como ocurrió durante los años de gobierno kirchnerista, que mediante distintas iniciativas compensó a unos y subsidió a otros y logró de ese modo mantener encolumnadas las bases populares del peronismo.

Dicho esto creo que esa conclusión –el logro del gobierno kirchnerista– debe ser matizada porque la eficacia de ese recurso de la política –la acción estatal– menguó con el tiempo. Para poder apreciar lo que acabo de señalar hay que ampliar la caracterización de las bases populares del peronismo, que hasta aquí estuvo muy centrada en el mundo de los trabajadores para sumar a ellos otra fuente del caudal del voto peronista como son las clases medias bajas del Gran Buenos Aires. Y una vez que lo hacemos sale a la luz un fenómeno que está en línea con lo que he llamado los corolarios políticos de la fragmentación social, los prejuicios de las clases medias bajas frente a los sectores

más pobres. Como nos lo dice la sociología cuando destaca que el uso de los estigmas es tanto más probable cuanto más próximas están las poblaciones al contraste social o cultural, y como nos lo cuentan los testimonios de antropólogos y periodistas, en los barrios de las clases medias bajas es muy difundida la visión de los pobres como "vagos" que "viven del Estado" y cuya presencia muy cercana es una fuente de inseguridad.

Este fue el caldo de cultivo de la premonitoria ruptura de la hegemonía oficialista en el Gran Buenos Aires en 2013 por Sergio Massa y su Frente Renovador, que hizo campaña hacia ese electorado abogando por una política de mano dura en materia de orden público, para secundar después la resistencia sindical al Impuesto a las Ganancias. Avanzando en el tiempo llegamos a la nueva coyuntura que se abrió en 2015 con la derrota del Frente por la Victoria. A partir de entonces la acción estatal como recurso de la política ya no estuvo disponible. ¿Cómo hacer ahora para amalgamar los fragmentos dispersos de un movimiento cuyas bases sociales ya no tienen en la actualidad la relativa homogeneidad de antaño? En el arsenal de los recursos de la política hay uno que ha probado ser idóneo en circunstancias parecidas, me refiero a un discurso que sepa colocarse por encima de la heterogeneidad que generan los contrastes objetivos y logre articular el común denominador de una tradición o identidad política compartida. Es decir, la política contra los efectos de la sociología. Cuando echamos una mirada sobre la coyuntura del peronismo con esta perspectiva lo que observamos es un fenómeno inédito en la vida pública del país: la cancelación de la palabra "peronismo" en el discurso público de candidatos salidos del movimiento peronista.

Ya en su momento, en los tiempos de su cruzada anti pejotista, Néstor Kirchner había vetado el canto de la Marcha Peronista en sus actos públicos. Fue una iniciativa descaminada. Como quienes concurrían a los actos lo único que conocían como

efecto de fusión era la Marcha Peronista comenzaban a cantarla espontáneamente y Kirchner tenía luego que sumarse para no quedar afuera. Hoy no estamos ante un veto; lo que tenemos por delante es el ensordecedor silenciamiento de símbolos que nos han acompañado a lo largo de los años. Cristina ha renunciado a ellos, Massa ha hecho lo mismo; y, en los hechos, han quedado como recurso de figuras minoritarias del movimiento.

Para quienes hemos seguido la trayectoria del peronismo en el tiempo su situación actual es por demás sugestiva. Todavía tenemos fresco el recuerdo de los años en los que fue el escenario de lo que, en palabras de Carlos Altamirano, era el conflicto entre el peronismo verdadero y el peronismo empírico, es decir, entre un peronismo ideal y mítico y el peronismo tal como era declinado por los jefes peronistas. Hoy en día es el peronismo *tout court* el que ha hecho mutis por el foro; es como si esa franquicia ya hubiese perdido atractivo fuera del círculo de sus adherentes de siempre.

Hace un tiempo en una entrevista sostuve que el peronismo tiene un alma permanente y un corazón contingente. El alma permanente está vertebrada por principios rectores de la tradición peronista: el nacionalismo, la justicia social, el estatismo. Con ese telón de fondo la conducción fáctica del Partido Justicialista se sintoniza a menudo con los cambios del clima de época bajo el acicate del corazón contingente. Vimos así al Partido Justicialista recorrer a partir de 1983 las distintas estaciones de la agenda pública: primero reclamó también para sí la patente de demócrata luego que Alfonsín convirtiera a la democracia en la moneda de cambio de la política; luego vibró con Menem al compás de los vientos en favor de las reformas de mercado y la reconciliación nacional; más tarde y yendo al encuentro del malestar que hizo eclosión en 2001 Kirchner lo condujo a las antípodas del neoliberalismo y a la vez a la reapertura del juicio al pasado.

La otra cara de esa capacidad del peronismo para sintonizarse con los climas de época es su escaso o nulo poder de agenda. En estos momentos me parece que estamos asistiendo a una nueva edición de esa ductilidad con la que el peronismo acompaña las tendencias de la vida pública. Los tiempos actuales están atravesados por una suerte de política descafeinada promovida con éxito desde el vértice del gobierno de Cambiemos; se trata de una política en la que "el proyecto y la nación", dos bastiones de lo que suele llamarse la vieja política, han sido reemplazados por la retórica convocante de "la gestión y la gente". En la actual campaña electoral y hablando cada uno a su propio público Cristina y Massa están en onda con el nuevo mantra. Cristina al volante de una ambulancia recoge aquí y allá a los que han quedado al borde del camino del ajuste económico; desde la cátedra de su escuela de gobierno Massa alerta sobre la desaparición de la clase media y se abraza con el ex alcalde de Nueva York, Rudolph Giuliani, un apóstol de la tolerancia cero. Los números que tendremos en las próximas elecciones legislativas de octubre decidirán la suerte de uno y de otro, así como de las apuestas de Cambiemos. Tengo la impresión, sin embargo, que, más allá de los números, la temporada de la política descafeinada está para quedarse por un buen rato porque últimamente parece haber ganado la batalla cultural.

Llegado hasta aquí en esta actualización de "Los huérfanos de la política de partidos" una observación final: en este texto me propuse hacer conjeturas sobre el efecto retardado del 2001 en el polo peronista no para decretar su desaparición sino para sugerir más bien una clave para seguir de cerca su trayectoria como movimiento en los días por venir.

*Conferencia en el Congreso de Ciencia Política*
*2 de agosto de 2017.*

**María Esperanza Casullo**

# El perpetuo viaje hacia la barbarie

"Narrar significa hablar aquí y ahora con una autoridad
que se deriva de haber estado
(literal o metafóricamente) allí y entonces."
Carlo Ginzburg, *Ecstasies.*
*Deciphering the Witches' Sabbath*, traducción propia (1)

Este capítulo intentará reconstruir una de las más potentes matrices generadoras de sentido que condicionan la imaginación política de Argentina, que conecta el hoy con el ayer y a la historia con la coyuntura. Se trata en este caso de la matriz del *viaje hacia la barbarie* como uno de los dispositivos que estructuran la manera en que vemos, comprendemos, narramos e intentamos alterar la realidad social y política que nos rodea. Intentaré argumentar que puede hilvanarse una continuidad genealógica entre ciertos relatos que buscaron explicar la realidad política nacional en los inicios mismos de la república constitucional con otros relatos que buscan explicar la realidad actual.

**1** Quiero agradecer especialmente a dos grandes amigos, ya que este texto reúne ideas desarrolladas en largas conversaciones con ellos: R. Patricio Korzeniewicz y Ernesto Semán. Ambos son baqueanos de varios territorios distintos.

El impulso conceptual para este enfoque proviene del libro *Historia nocturna. Un desciframiento del aquelarre*, en donde el microhistoriador Carlo Ginzburg reconstruye a partir de sucesos y relatos históricos aparentemente dispersos entre sí (los juicios contra leprosos y judíos a quienes se acusaba de querer envenenar a los cristianos en la Francia del siglo XV, los procesos de la Inquisición contra mujeres acusadas de brujería, las confesiones de un hombre-lobo de Livonia, los mitos de los combates en sueños de brujos y brujas de los Balcanes, las leyendas feéricas de Escocia) una matriz común que subyace y organiza a todos ellos: la narración mítica del viaje estático hacia el reino de los muertos. Carlo Ginzburg define a la matriz mítica del viaje hacia el reino de los muertos como un "campo de energía distribuida de una manera irregular, que se caracteriza por varios elementos o características, que operan como un núcleo sólido, alrededor del cual rotan otros elementos, que pueden estar ausentes o presentes en forma atenuada" **(2)** (Ginzburg 1989: 166, traducción de la autora). Esta matriz no es un modelo rígido, es flexible y dinámica y actúa como *generadora de sentidos:* es decir, organiza la percepción y la narración de tal manera que vuelve ciertos relatos más verosímiles y potentes que otros y de esta manera organiza la vida social misma. Las permutaciones y combinaciones entre los elementos ofrecen posibilidades de una casi infinita creatividad mítica.

Siempre asumiendo desde el inicio que la obra de Ginzburg será usada en este artículo sólo como un punto de partida o inspiración más que como un marco teórico, y avisando que el lector

**2** "The series of which we are speaking might be compared to an accumulation of energy distributed in an uneven manner, rather than to an object with well-defined contours. It is indeed true that every component of the series is characterized by several distinct elements or traits: (a) the periodic battles, (b) fought in ecstasy, (c) for the sake of fertility, (d) against and female witches (or they stand-ins, the dead). Around this solid nucleus rotate other elements, whose presence is fluctuating, contingent, they are sometimes absent, sometime present in attenuated form." (Ginzburg 1989: 166)

puede clasificarlo como un ensayo más que como un análisis científico, se presenta a continuación la idea (no puede llamarse hipótesis) de que gran parte del pensamiento fundacional sobre la realidad política argentina dejó sedimentada una matriz narrativa con varios elementos distintivos: la postulación de la división casi ontológica de campo/ciudad, la sobreimposición de esa dicotomía sobre el par civilización/barbarie o racionalidad/animalidad, la postulación de un "buen orden" contrapuesto a un "mal orden" caracterizado por la mezcla, la igualación de civilización con la europeidad, la condensación de todo lo anterior en la figura del viajero que se expone a los peligros de ese otro porque eso le permite regresar con una verdad para compartir.

Podrían elegirse otras, pero se me ocurre que tres obras son especialmente importantes para ejemplificar lo dicho. Las ideas-fuerza presentes en ellas van a dar forma a la imaginación política en Argentina con una pregnancia tal que ellas continúan siendo potentes aún hoy. Se trata de *El Matadero* de Esteban Echeverría, el *Facundo* de Domingo Sarmiento y *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla. Las tres obras están estructuradas alrededor de una misma matriz generadora de sentidos: la imagen del *viaje desde el centro a la periferia,* o desde la civilización a la barbarie.

Esta matriz, sostendré en este ensayo, sigue operando todavía como un *dispositivo generador* de ideas y análisis que se usan todos los días para intentar explicar la realidad política argentina. Ya no hablamos hoy del territorio del indio pero se siguen publicando infinidad de libros sobre las provincias feudales o sobre las patologías políticas que aquejan al conurbano como un territorio misterioso, inabarcable; ya no es común utilizar el término "salvajes" pero la división imaginaria de Argentina entre un centro civilizado y una periferia en la oscuridad es moneda corriente. Tanto es así que el reputado escritor y psicoanalista Marcos Aguinis dijo públicamente que "Buenos Aires

es París en el medio de África" hace unos pocos años y sus declaraciones pasaron casi desapercibidas. Vemos entonces que la distinción entre el centro (la ciudad) y la periferia (el conurbano, las provincias feudales) continúa teniendo un tremendo poder generador de sentidos y de maneras de ver el mundo.

Tanto el *Facundo* como *El Matadero* y *Una excursión a los indios ranqueles* narran desplazamientos, viajes. La literatura política argentina del siglo XIX, y gran parte de la del siglo XX también, tiene como su dispositivo retórico fundamental la narración de un viaje *desde la civilización a la barbarie* (o bien, en el caso de *La cautiva*, el relato trágico del viaje inverso, de la barbarie a la civilización). En los tres libros lo geográfico tiene un rol preponderante: los autores muestran y así afirman una distinción espacial muy clara: entre la ciudad y el campo o, a menudo, los *arrabales*, es decir, esa zona híbrida en donde termina la ciudad y comienza el campo, o termina el campo y comienza la ciudad. La ciudad se describe como el espacio de la civilización, la cultura, la vida bien ordenada; el campo es la barbarie, lo salvaje, lo que amenaza la vida occidental. Pero esta distinción entre campo o arrabales y ciudad no es una relación estática: campo y ciudad no están simplemente separados el uno de la otra, sino que están siempre unidos por un movimiento que es el *viaje*. Un viaje que incluye siempre un retorno: a diferencia de la literatura de la frontera norteamericana, la figura central argentina no es el colono (que viaja para construir una nueva vida en su destino final) sino el viajero, que retorna al mismo lugar de donde salió.

Central para comprender la persistencia de este dispositivo narrativo es ver cómo el mismo garantiza un papel clave para el escritor, el novelista o el analista político. Éste deja de ser alguien que escribe para ser un *viajero* que se traslada desde la zona de luz y confort a la de oscuridad y peligro y luego retorna, cargado de conocimiento sobre el otro, el lejano, el bárbaro

y lo *traduce* para consumo de su público ilustrado, que puede felicitarse, en la tranquilidad de su sillón, de lo muy civilizada que es su vida.

## *El Matadero*

Las dos obras más famosas de Esteban Echeverría narran viajes: el viaje de los bárbaros hacia el centro en el primer caso y el viaje de un civilizado hacia los márgenes en el segundo. Estos viajes inauguran los temas sarmientinos: la distancia geográfica entre centro y periferia como el principio organizador de cultura y política; la diferencia entre civilización y barbarie que se encarna en los cuerpos (hasta matar finalmente a uno de ellos), la dicotomía entre el *buen orden social* y la hibridación *antagonista* (diríamos hoy) propia del "mal pobre" que se alza contra él.

Sin embargo, y a diferencia del *Facundo*, el espacio geográfico que se marca no es el de las vastas inmensidades de la Pampa sino los barriales imprecisos del arrabal. En *El Matadero* leemos cómo un narrador "civilizado" se adentra, no sin riesgos para él mismo, en ese espacio indeterminado que existe más allá de las cuadras del "centro". Echeverría busca así mostrarnos cómo vivían las "bases sociales" del rosismo: los matarifes, los peones, las africanas buscadoras de requechos. En *El Matadero*, el viaje no es exploratorio o de descubrimiento sino más bien un involuntario descenso a los infiernos: el unitario, con su dandismo de la barba recortada en "U" va a dar a los mataderos y termina asesinado por los salvajes matarifes federales. No se nos dice nunca en el relato por qué había llegado hasta esas orillas, por qué andaba un unitario paseando solo en pleno día por el matadero rosista.

Echeverría nos muestra que la ciudad es concebida en la imaginación política argentina como un espacio perpetuamen-

te asediado, precario, amenazado. En constante peligro por las fuerzas de la naturaleza y de la barbarie (que, como veremos, está siempre asociada a lo natural e incontrolable). Echeverría sitúa el inicio de *El Matadero* en una inundación causada por una lluvia casi sobrenatural: "La ciudad circunvalada del Norte al Este por una cintura de agua y barro, y al Sud por un piélago blanquecino en cuya superficie flotaban a la ventura algunos barquichuelos y negreaban las chimeneas y las copas de los árboles, echaba desde sus torres y barrancas atónitas miradas al horizonte como implorando misericordia al Altísimo. Parecía el amago de un nuevo diluvio".

La inundación le sirve a Echeverría para situar la escena: por el agua, la ciudad no pudo recibir cabezas de ganado durante varias semanas. Lo cual revela otro tema implícito de la relación entre la civilización y la barbarie: la ciudad teme y desconoce al descampado, pero lo necesita, porque de él proviene nada más y nada menos que *la carne.*

En *El Matadero* el territorio que el escritor nos presenta es el arrabal, es decir, esa zona que no es ya la ciudad pero tampoco es "el campo". Ese territorio está situado en los bordes de una ciudad que, si bien es civilizada, está gobernada por un bárbaro, que surgió del campo y cuyo control de la ciudad se fundaba en su control de esos mismos arrabales amenazantes, en su capacidad de conocerlos y hablar su lenguaje. De los arrabales proviene el poder de Rosas. Los arrabales conforman un territorio donde se produce la mezcla, donde se revuelcan en el mismo lodo los criollos, los negros y los mulatos pero al cual puede también llegar (¿confundido? ¿perdido?) un unitario. Y éste será uno de los ejes centrales de *El Matadero* y de la matriz de análisis cuya genealogía se va construyendo en este capítulo: la dicotomía entre *lo bien ordenado* y *lo mezclado o revuelto.*

El arrabal entonces es el territorio en donde las clases bajas se mezclan y se rebullen en una vida que tiene dos caracterís-

ticas: la cercanía con *lo animal* (los muchachos y las mulatas achuradoras compiten cuerpo a cuerpo con los perros) y *lo irracional* (3). O, como dice Echeverría, en la población del matadero se combinan la animalidad y la "fe política y religiosa", que se expresa en la veneración ferviente no por Rosas sino por Encarnación Ezcurra:

> "Viva la Federación", "Viva el Restaurador y la heroína doña Encarnación Ezcurra", "Mueran los salvajes unitarios". Letreros muy significativos, símbolos de la fe política y religiosa de la gente del matadero. Pero algunos lectores no sabrán que la tal heroína es la difunta esposa del Restaurador, patrona muy querida de los carniceros, quienes, ya muerta, la veneraban como viva por sus virtudes cristianas y su federal heroísmo en la revolución contra Balcarce.

En la pintura (vívida, nítida, hiperrealista) que hace Echeverría no hay empatía hacia ese bullicio humano que conforman los matarifes, las achureras, los muchachos. El panorama que se pinta es de animalidad. Lo cual es notable, porque, vista desapasionadamente, la escena que relata Echeverría no es una orgía (aunque la depravación llegará al final) sino una serie de actividades que persiguen un fin sumamente racional y hasta moderno: el aprovechamiento económico. Los reseros traen el ganado, el juez del matadero lo clasifica, los carniceros lo matan, cuerean y despostan, las carretas se llevan las partes comercializables y las "mulatas" y "africanas" recuperan y reutilizan

---

**3** "A sus espaldas [de los carniceros] se rebullían caracoleando y siguiendo los movimientos una comparsa de muchachos, de negras y mulatas achuradoras, cuya fealdad trasuntaba las harpías de la fábula, y entremezclados con ella algunos enormes mastines, olfateaban, gruñían o se daban de tarascones por la presa."

las partes del animal que la "buena sociedad" no comería: el sebo, los chinchulines, el mondongo, los bofes.

Hacia otra parte, entre tanto, dos africanas llevaban arrastrando las entrañas de un animal; allá una mulata se alejaba con un ovillo de tripas y resbalando de repente sobre un charco de sangre, caía a plomo, cubriendo con su cuerpo la codiciada presa. Acullá se veían acurrucadas en hilera 400 negras destejiendo sobre las faldas el ovillo y arrancando uno a uno los sebitos que el avaro cuchillo del carnicero había dejado en la tripa como rezagados, al paso que otras vaciaban panzas y vejigas y las henchían de aire de sus pulmones para depositar en ellas, luego de secas, la achura.

No se ve irracionalidad en las prácticas de los reseros o matarifes del matadero (el "cuchillo ávaro" no desperdicia sino lo mínimo), ni mucho menos en la de las mujeres pobres que reciclan laboriosamente lo que nadie más comerá, en un gesto que nos devuelve la idea de lo popular como creatividad, resiliencia y sincretismo. En ninguna área de la experiencia popular se expresa este sincretismo mejor que en la cocina. Daniel Schávelzon cuenta en *Historias del comer y el beber en Buenos Aires* sobre la comida de los esclavos: "'Esas ollas de barro permanecen casi todo el día al lado del fogón cocinando el locro, comida principal de aquellos habitantes.' Hoy creemos que locros y carbonadas son la herencia afro que llegó hasta la actualidad; al mondongo lo resemantizaron los españoles. [...] Nada más directo que la palabra mondongo para denominar el estómago de la vaca: esa palabra identifica a un grupo étnico africano y era al mismo tiempo el nombre de una nación [...] de esclavos en Buenos Aires. No lo comían porque les gustara, sino porque era lo único que se les dejaba: los mataderos lo tiraban (jamás se comían las achuras) y ellos lo iban a buscar en baldes y lo aprovechaban." (Schávelzon 2000: 71)

Esta resiliencia y sincretismo, que tiene su propia racionalidad, es la manera en que se ha expresado y se expresa lo popular

en la historia argentina. Como la cultura gauchesca que para Sarmiento era marca de barbarie, y luego será resemantizada como marca de distinción por las clases altas argentinas, cuando los productos de esta creatividad son apropiados por la cultura alta su origen híbrido suele ser negado. Así, el locro se transforma mágicamente en la comida criolla por excelencia, y el mondongo en callos a la madrileña. El gesto creador de las esclavas es negado, y lo bajo se transforma en *tradicional,* o sea, blanco.

Por supuesto, la construcción de la irracionalidad y la animalidad de los orilleros sirve para poner en relieve la figura del unitario, que morirá finalmente asesinado por los federales. Racionalidad que se expresa en marcas estéticas y estilísticas: su vestimenta y su manera de hablar. En el cuento no se nos dice de qué vive el unitario pero sí *cómo se ve:* tiene patilla en U y monta en silla "como los gringos". De hecho, tan importante es la silla para definir su identidad que se la refiere dos veces: se nos dice que monta en silla, y que es, además, silla inglesa **(4)**. El unitario es definido más que nada por marcas que lo acercan a Inglaterra: a Europa, lo civilizado, lo racional **(5)**.

Entonces, *El Matadero* nos contrapone dos visiones del orden social basadas en distintas disposiciones de lejanías y cercanías. Ciudad vs. arrabal. La cercanía con Europa vs. la cercanía con la animalidad. Lo racional vs. lo irracional. El aspirar a lo alto vs. el ostentar "antagonísticamente" lo bajo, tal cual define al populismo Pierre Ostiguy (2017).

En definitiva, lo que se critica al rosismo es que corrompe las jerarquías establecidas. Este mezclar o acercar lo alto y lo bajo era una de las críticas más comunes que se le hacían a

---

**4** "—¿No le ven la patilla en forma de U? No trae divisa en el fraque ni luto en el sombrero. —Perro unitario. —Es un cajetilla. —Monta en silla como los gringos."

**5** Lo bien distribuido, las jerarquías basadas en la cercanía aún asimétrica con Europa parecen definir para Echeverría un orden que había sido sacudido por la Independencia: "Así era, poco más o menos, en los felices tiempos de nuestros beatos abuelos que por desgracia vino a turbar la Revolución de Mayo".

Rosas, y la fuente de gran parte de su poder. En una carta a Encarnación Ezcurra, Rosas sostiene: "Ya has visto lo que vale la amistad de los pobres y cuánto interesa atraerlos. Escríbeles con frecuencia y mándales cualquier regalo. Los amigos fieles que te hayan servido, déjalos que jueguen al billar en casa". Y más tarde reitera su recomendación: "No repares en visitarlos, servilos y gasta con ellos cuanto puedas. Lo mismo que con las pobres tías y pardas honradas, mujeres y madres de los que nos son y han sido fieles. No repares en visitarlas y llevarlas a tus paseos de campo aprovechando tu coche que para (eso) es y no para estarlo mirando". (Citado por O'Donnell, s/f)

Esta advertencia contra alzar lo bajo contra lo alto tiene ribetes racistas: "Ilustre comitiva de negros changadores, mulatos, los de poncho en general". Precisamente ésta es la base social del rosismo, a la cual Rosas no dudaba en premiar: "Mándales cualquier regalo"... He aquí el Juan Manuel de Rosas "clientelar": el intercambio de bienes materiales (regalos) o simbólicos (paseos en coche) a cambio de apoyo político. Otra vez, sin embargo, aparece el mismo tema: lo que se critica como irracional tiene, sin embargo, una racionalidad muy concreta: buscar apoyos. Sin embargo, Echeverría da indicios de que la solución unitaria (restaurar las "buenas" jerarquías) no es lo deseable. Como señala Karina Galperin, "si bien los federales son, según él, 'la expresión genuina de sus instintos semibárbaros', la facción unitaria −a la que obviamente se siente más cercano− tiene 'buenas tendencias' pero [...] es algo antipática por sus arranques soberbios" (Galperin 2015). Esas mezclas populares, si bien son salvajes, rebosan de un vitalismo y una creatividad que habrán de impedir su desaparición.

## El *Facundo*

Existen continuidades y quiebres entre *El Matadero* y el *Facundo*. Las continuidades tienen que ver con la temática común; los quiebres, con la ambición. La ambición de Domingo Sarmiento rebosa de su obra fundamental como rebosó también la ambición personal a la vida de Sarmiento.

Domingo Sarmiento llegó al poder medio de rebote y sin partido propio; gobernó en eterna pelea con adversarios reales e imaginarios y no pudo dejar a su retiro ni un sucesor ni un partido que continuara su visión de país. Sin embargo, Sarmiento dejó como legado algo finalmente aun más fundamental que las escuelas que fundó: la clara formulación de la dicotomía "civilización o barbarie".

El *Facundo* comienza con dos decisiones enigmáticas. La primera es la decisión de Sarmiento de escribir el *Facundo*, no el "Juan Manuel". La segunda es la decisión de comenzar con una lección de geografía. Sarmiento, desde la primera página, presenta a su libro como un dispositivo que imagina o crea un orden *geográfico.* Lo que en *El Matadero* se dejaba a la imaginación, en esta obra se busca determinar, medir en leguas o millas, dibujar en un mapa. Sarmiento describe la geografía de un país maldecido por la extensión y la falta de población, imagina determinismos territoriales y climáticos, relata cuál es la fisonomía de *la pampa* aunque él, Sarmiento, nunca la haya cruzado en persona aún. Sarmiento les relata a los argentinos un país que ellos mismos todavía no conocen. Sarmiento funda un país mítico, lo dibuja, lo determina.

Esta invención mítica construye una imagen de un país dividido en dos: la ciudad por un lado y el campo por el otro. Este elemento de la matriz generadora de sentido se mantiene inalterable desde *El Matadero*: la postulación de un territorio dividido ontológicamente entre zonas de orden y zonas de desorden.

La ciudad es el territorio de la racionalidad y el orden, el campo es el territorio de la barbarie y el salvajismo. El campo rodea y acecha a la ciudad encarnado en la doble figura del indio y las montoneras de los caudillos (6). Sin embargo, también como en Echeverría, no todo es tan sencillo. Pues si el campo es la violencia, la racionalidad de la ciudad es algo muy cercano a la inacción y la muerte. El *Facundo* no es nunca nostálgico sino futurista: no hay un orden soñado al cual habría que volver. Ni la beata colonia ni la docta Córdoba de los jesuitas ni la utopía revolucionaria de Mayo ni el orden de Rivadavia: para Sarmiento el adelante, el mañana, son lo único que existe.

El segundo elemento que se recoge de *El Matadero* es que esta distinción entre orden/desorden se imprime en los cuerpos. *Facundo* imagina la geografía como determinando la cultura y la política, y la cultura y la política como determinando lo corporal. Las diferencias entre unitarios y federales o entre la ciudad y el campo no se expresan sólo o primariamente a nivel de las ideas, de los discursos y de los escritos, sino que se encarna directamente en el cuerpo. En *El Matadero*, el unitario se reconoce por su silla inglesa y su barba en "U"; en el *Facundo* se reconoce en la ropa y en la relación corporal con el territorio (el gaucho por antonomasia es rastreador o baqueano, y Rosas reconoce el lugar por el sabor del pasto.) El frac se transforma en algo más que una simple vestimenta, es el símbolo de la cultura y la civilización: "[...] el frac no principia en Europa sino después del renacimiento de las ciencias; la moda no la impone al mundo sino la nación más civilizada; de frac visten todos los pueblos cristianos […] Los argentinos saben de la guerra obstinada que Facundo y Rosas han hecho al frac y la moda". La presentación corporal se transforma así en una opción política y hasta moral.

---

**6** "Al Sur y al Norte acéchanla los salvajes, que aguardan las noches de luna para caer, cual enjambre de hienas, sobre los ganados que pacen en los campos y las indefensas poblaciones."

Estos dos elementos (orden vs. desorden, la obsesión con lo corporal), sin embargo, invisibilizan lo que queda no dicho: en las zonas donde no existe el orden lo que prima no es el desorden propiamente dicho, sino la creación de nuevos órdenes híbridos. La guerra de Facundo al frac no es simple rechazo del estilo "adecuado" sino que es otro ejemplo de la hibridación antagonista (populista diríamos hoy) entre lo alto y lo bajo:

[Viajan a La Rioja accionistas de Buenos Aires que quieren poner en funcionamiento las minas de Famatina] "Facundo se les presenta en su alojamiento con medias de *seda* de patente, calzón de jergón y un poncho de tela ruin. [...] Quería humillar a los hombres cultos y mostrarles el caso que hacía de sus trajes europeos".

Calzón y poncho, mezclados agresivamente con medias de seda. La naturaleza de lo popular en Argentina tiene que ver con combinar órdenes de sentido ya existentes de manera *vulgar* para crear sentidos nuevos. Nace y se expresa en el cuerpo, en un arraigo que depende de nuestros sentidos más inmediatos: el gusto, el tacto, el olfato. Sostiene Sarmiento: "El general Rosas, dicen, conoce por el gusto el pasto de cada estancia del sur de Buenos Aires". La ropa, la comida, los olores tienen una centralidad aguda en estas obras. Y esta hibridación, al mismo tiempo que rechaza *lo culto,* demuestra una gran capacidad creadora que se expresa de manera práctica, sin teoría. Esta creatividad nace de la necesidad de cubrir las necesidades con los elementos que están a mano, pero (y ésta es la clave) ***no es humilde***. No es la *buena pobreza* del que acepta su lugar en una jerarquía. Es la *mala pobreza* que plantea un desafío a ese mismo orden. Podríamos decir que éste es el tercer elemento de la matriz generadora de sentidos que estamos reconstruyendo.

Sarmiento reconoce y nombra esta capacidad sincrética y creadora, y por esto mismo decide escribir el *Facundo* y no el "Juan Manuel", y por esto mismo advierte que el nuevo orden argentino post-rosista (de cuyo advenimiento no duda) debe-

rá dar cuenta de la misma capacidad creativa pero invirtiendo su signo. Esta creatividad debe ser práctica, original, fuerte; no buscará ser una mala copia de los modelos del iluminismo europeo. Ni la docta ciudad de Córdoba ni la Buenos Aires unitaria configuran modelos a seguir: la primera es dogmática, católica y cerrada a las ciencias; la segunda está demasiado enamorada de los modelos abstractos y carece de imaginación práctica.

La crítica al unitario típico que hace Sarmiento es tan despiadada como la que hace a los mazorqueros: "Me parece que entre cien argentinos reunidos, yo diría: este es un *unitario.* El unitario tipo marcha derecho, la cabeza alta; no da vuelta aunque sienta desplomarse un edificio; habla con arrogancia; completa la frase con gestos desdeñosos y además concluyentes; tiene ideas fijas, invariables, y a la víspera de una batalla se ocupará todavía de discutir en toda forma un reglamento o de establecer una nueva formalidad legal, porque las fórmulas legales son el culto exterior que rinde a sus ídolos, la Constitución, las garantías individuales. [...] Es imposible imaginarse una generación más razonadora, más deductiva, más emprendedora y que haya carecido en más alto grado de sentido práctico".

Frente a este arraigo en un tiempo y un lugar anclados en el cuerpo, el unitario aparece como una opción estética y vital que mira hacia afuera, que no se ancla de la misma manera. No es una opción vital, es un habitar como extranjero en el propio territorio. (Una imposibilidad de habitar el propio suelo que, en el caso de Echeverría, lleva a la muerte misma.) No es, en síntesis, la solución deseable. Lo puro de una racionalidad sin cuerpo no puede ser la solución, porque Sarmiento reconoce que *la hibridación de lo argentino representa una creación original con valor sustantivo:* "La vida de los campos argentinos, tal como lo he demostrado, no es un accidente vulgar: es un orden de cosas, un sistema de asociación característico, normal, único a mi juicio, en el mundo, y el sólo basta para explicar toda nuestra revolución".

Es necesario superar a Facundo, quien es presentado como la creación última y perfecta del campo: sensual, bárbarico, violento, pero animado por una poderosa vitalidad (7). Es necesario también superar a Rosas, que para Sarmiento es un político altamente racional, una hibridación entre barbarie y razón instrumental que es eficaz pero cuyo signo histórico es negativo. Será necesaria, para Sarmiento, una nueva hibridación, de otro signo: moderna, vital, creativa, no abstracta ni ideal sino *encarnada.* Ahora bien, no encarnada en un partido o en unos principios sino en un liderazgo: alguien que combine la capacidad de conocer cada pasto de la pampa con la racionalidad de un Tocqueville: es decir, él mismo.

## *Una excursión a los indios ranqueles*

El viaje de Mansilla tiene una diferencia con el de *El Matadero* y también con el de *Facundo*: el mismo es deliberado y, por estar contado en primera persona, más reflexivo. También es más gentil e irónico: escrito en tiempos de paz, cuando el rosismo ya era fantasma. Mansilla viaja un poco a firmar un tratado de paz con los ranqueles y un poco para conocer ese territorio mítico de la frontera indígena; va hacia ellos al trote con un grupo de soldados, un par de baqueanos y dos frailes (a los que cuida "como la niña de sus ojos"). El coronel Mansilla, como un *flaneur* trasplantado al campo, se dirige a los salvajes al trotecito mientras matea, come asado, caza, discurre en francés, inglés y latín y escribe cartas a su amigo, Santiago Arcos, que luego éste publicará en forma de libro.

---

**7** "Facundo, empero, rechaza todos los medios civilizados que ya son conocidos, los destruye y desmoraliza; Facundo, que no gobierna, porque el gobierno es ya un trabajo en beneficio ajeno, se abandona a los instintos de una avaricia sin medidas, sin escrúpulos. [...] Su encono contra la gente decente, contra la ciudad, es cada día más visible."

Mansilla escribe siendo coronel de una nueva nación argentina que venció a Rosas y al servicio de un improbable presidente: el autor del *Facundo*. Encontramos en su libro los mismos elementos que fueron rastreados hasta aquí: la superposición de la dicotomía civilización y barbarie a la geografía, y también como un principio que se inscribe en los cuerpos mismos. También encontramos las mismas ideas de la imposibilidad o indeseabilidad de aspirar a una civilización pura, abstracta, y la necesidad de habitar *Argentina* como un nativo, no como un extranjero.

Mansilla está tan seguro de su cercanía con la civilización (cercanía que se expresa en su capacidad de hablar cuatro idiomas, en haber viajado por el mundo, en su capa roja y en su navaja toledana) que puede, al mismo tiempo, demostrar que "Coronel Mansilla, toro": que cabalga como un indio, que puede tomar alcohol como el mejor, que conoce las costumbres del tigre y la de los caballos (**8**). La confianza en sí mismo de Mansilla le permite apreciar los momentos de horizontalidad, sosteniendo que "el fogón es la tribuna democrática de nuestro ejército". Es esa confianza la que le permite imaginar la posibilidad de firmar tratados con los "salvajes".

En Mansilla además descuella una cualidad que lo vuelve casi único en esta lista literaria: la empatía: "Seducía al prójimo porque se interesaba por él: la gente agradece la atención que se le otorga, y Mansilla poseía esa innata cualidad de hacer sentir a su interlocutor como único, indispensable e irreemplazable". (Schoo: 2000) Mansilla no es que estuviera dispuesto a declarar la igualdad universal entre quienes hablan francés correctamente y quienes no, pero en sus escritos cada

**8** "Digan lo que quieran, si la felicidad existe, si la podemos concretar y definir, ella está en los extremos. Yo comprendo las satisfacciones del rico y las del pobre; las satisfacciones del amor y del odio; las satisfacciones de la oscuridad y las de la gloria. Pero ¿quién comprende las satisfacciones de los términos medios; las satisfacciones de la indiferencia; las satisfacciones de ser cualquier cosa?"

sujeto con el cual se cruza, desde la más humilde criada hasta el gran cacique Mariano Rosas, es descripto como una persona dotada de plena humanidad (9). (Hay una notable excepción a la empatía, sin embargo, y no por casualidad es el único afroargentino del libro: el negro del acordeón. Como en *El Matadero*, la condición afroamericana está más allá, incluso, de la del indígena.)

Como Echeverría, como Sarmiento, Mansilla se dirige hacia "los salvajes" esperando ver con sus propios ojos la barbarie tan mentada. Pero Mansilla encuentra… otra civilización. Distinta tal vez, pero racional. Me voy a detener en los mismos dos temas que relevé en *El Matadero*: cocina y política.

Una de las cosas que le llaman la atención a Mansilla en su estada en las tolderías de Rosas es lo bien que se comía (además de la limpieza y organización doméstica). En cada comida, nos cuenta Mansilla, se le ofrecen a todos los visitantes de la familia Rosas un primer plato de puchero con carne hervida y abundancia de verduras como papa, choclo y zapallo (lo cual hablaba de una dieta más balanceada, seguramente, que los habitantes pobres de la ciudad) y un segundo de asado de yegua o vacuno (10); luego a menudo un postre de mazamorra, o algarroba pisada con miel. La cuestión de la carne es un punto central, porque Mansilla observa dos cosas. Primero, que los ranqueles le ofrecen, y él acepta, hígado y riñón aliñados; es decir, la *achura* (la palabra misma es de origen quechua: *achuraj* o *achuray*) que era tirada por incomible en el matadero rosista y recogida del

---

**9** "Es menester haber pasado por ciertas cosas, haberse hallado en ciertas posiciones, para comprender con qué vigor se apoderan ciertas ideas de ciertos hombres; para comprender que una misión a los ranqueles puede llegar a ser para un hombre como yo, medianamente civilizado, un deseo tan vehemente, como puede ser para cualquier ministril una secretaría en la embajada de París."

**10** Relata el coronel que en el toldo le sirvieron grandes platos de madera, rebosando de "carne cocida y caldo aderezado con cebolla, ahí y harina de maíz" y luego una ronda de asado vacuno "como para frailes pantagruélicos".

piso por las mujeres afroargentinas. La segunda es que Mansilla mismo señala que el asado servido por las mujeres de Rosas estaba "suculento".

Daniel Schávelzon relata, en la obra antes citada, que el asado no era tan común en el consumo de la mesa argentina como ahora creemos, ya que la vaca, criada salvaje, daba una carne tan dura que sólo se comían asadas la ubre y la lengua. Más bien se colocaba el trozo de carne en una olla, se lo cocinaba durante horas, y luego se la sazonaba cuando estaba casi reducida a una pulpa. La idea de que la carne tiene un punto exacto de cocción era totalmente ajena a la imaginación culinaria. En cambio, dice Schávelzon, los indígenas "preferían la carne cruda o semicruda, al menos a los ojos de los blancos que, por otra parte, consideraban esa costumbre como un rasgo de salvajismo". (Schávelzon 2000: 52) Comer la carne "a punto" y el consumo de achuras: dos rasgos que hoy supuestamente marcan a fuego el *buen comer* argentino; sin embargo, cuando nos ponemos a excavar un poco, no surgieron de la flor y nata de la élite criolla sino de los salvajes. Otra vez, como en *El Matadero*: en la cocina (actividad clave de la vida social) encontramos un doble movimiento: por un lado, en el siglo XIX las elites rechazaban las prácticas culinarias de afroargentinos e indígenas por "irracionales", luego, con el correr de las décadas, esas mismas prácticas (el locro, el asado a punto, la "tabla de achuras") fueron apropiadas por las clases biempensantes; pero (atención) el precio de esta apropiación pasó a ser el ocultamiento y la negación de su verdadero origen popular, que es la obligación de hacer algo con muy poco.

Pasemos a la segunda dimensión de la experiencia humana sobre la que estamos reflexionando: la política. Y en esta área la sorpresa de Mansilla es igual o mayor a la que sintió al comer un puchero "excelente, caliente, suculento y cocinado con

esmero". Lo que encuentra Mansilla es que los ranqueles hacen política. Mucha política. Todo el tiempo (**11**).

Piensan, hablan y hacen política como los cristianos. O más que los cristianos: el coronel Mansilla, acostumbrado al mando militar y jerárquico, se impacienta y se frustra al enterarse de que el cacique mayor Mariano Rosas no puede firmar el tratado así como así. Mansilla supone que si él, la mayor autoridad militar de la zona, "cierra" algo con Rosas, ya está. Pero Rosas le explica que no. Que tiene que someterlo a la votación de todos los caciques y capitanejos en la junta larga: una especie de asamblea habermasiana que dura varios días en los que todos dan sus razones antes de votar.

"Los indios ranqueles tienen tres modos y formas de conversar. La conversación familiar. La conversación en parlamento. La conversación en junta. (En la junta) reúnese ésta, nómbrase un orador, una especie de miembro informante, que expone y defiende contra uno, contra dos, o contra más, ciertas y determinadas proposiciones. El que quiere le ayuda. El miembro informante suele ser el cacique. El discurso se lleva estudiado, el tono y las formas son semejantes al tono y las formas de la conversación en parlamento, con la diferencia de que en la junta se admiten las interrupciones, los silbidos, los gritos, las burlas de todo género. Hay juntas muy ruidosas pero todas excepto algunas memorables que acabaron a capazos, tienen el mismo desenlace. Después de mucho hablar, triunfa la mayoría aunque no tenga razón. Y aquí es el caso de hacer notar que el resultado

---

**11** "Pero Mariano Rosas no quería sacrificarme, ni que me volviera como había venido, sin echar pie a tierra en Leubucó. […] Pero ya lo he dicho. Mariano Rosas, que a fuer de cacique principal sabía más que todos, no participaba de sus opiniones. Se les previno, pues, a las brujas, que estudiasen mejor el curso del Sol, la carrera de las nubes, el color del cielo, el vuelo de las aves, el jugo de las yerbas amargas que masticaban, los sahumerios de bosta que hacían: porque el cacique, que veía otra cosa, quería estrecharme la mano, y abrazarme convencido de que gualicho no andaba conmigo, de que yo era el Coronel Mansilla en cuerpo y alma."

de una junta se sabe siempre de antemano, porque el cacique principal tiene buen cuidado de catequizar con tiempo a los indios y capitanejos más influyentes en la tribu. Todo lo cual prueba que la máquina constitucional llamada por la libertad Poder Legislativo, no es una invención moderna extraordinaria; que en algo nos parecemos a los indios, o, como diría Fray Gerundio: que en todas partes se cuecen habas."

Puede rastrearse aquí la matriz generadora de sentidos: la dicotomía civilización y barbarie, la distinción entre una zona de orden y otra de desorden, la inscripión en el cuerpo, la figura del viajero como aquel que cruza la frontera para narrar *lo que hay del otro lado.* Esta continuidad es aún más fascinante porque una y otra vez lo que el viajero encuentra no es la clara y distinta contraposición de civilización y barbarie, sino diversos fenómenos de *hibridación y mezcla*. Facundo usa medias de seda, el matadero sirve a una finalidad capitalista, y los ranqueles practican una democracia casi ateniense. Echeverría, Sarmiento, Mansilla alertan a sus lectores de la necesidad de *dar cuenta* de esta creatividad *in situ*. Los tres, cada uno con su estilo y dentro de sus compromisos políticos, alertan sobre la necesidad de reemplazar, en todo caso, *un híbrido con otro híbrido.* Los tres llaman a *no ser extranjeros en el propio país.*

## La actualización del viaje a la barbarie: la literatura sobre el clientelismo

Más de cien años pasaron desde los escritos de Echeverría, de Sarmiento, de Mansilla. Ya no existe la frontera entre el campo y la ciudad, ya no existe el indio como el fantasma que acecha "como hienas" a la civilización. Sin embargo, las matrices culturales de generación de sentido son algo poderoso: son como un motor pesado capaz de funcionar con su propia inercia lar-

gos años después de que aquellos que lo crearon y pusieron en movimiento hayan abandonado el mundo de los vivos. Como dice Carlo Ginzburg: "A pesar de que pueden ser descritos a través de oposiciones formales y abstractas, los mitos son corporizados, transmitidos y puestos en acto a través de situaciones sociales concretas, por individuos de carne y hueso" (Ginzburg 1989: 23). Como máquinas que generan discursos e ideas, pero también cuerpos, la matriz cuyos orígenes rastreamos en *El Matadero*, el *Facundo*, *Una excursión a los indios ranqueles* sigue entregando representaciones y prácticas.

Esta matriz sigue muy presente en el análisis político de Argentina, aunque transformada. Ya no es la excursión al indio, sino que es la excursión al pobre. Y no sólo en el discurso académico, o en comentarios casuales como el de Marcos Aguinis. Es un dispositivo generador de sentidos y prácticas, no sólo literarias sino políticas. Para muestra, vale la frase del ex presidente del Banco Central durante el kirchnerismo y primer ministro de Economía del gobierno de Cambiemos, Alfonso Prat Gay, quien dijera:

"Somos una nación con 40 millones de habitantes con un nivel superior de educación todavía respecto de otros países de la región que cada diez años nos dejamos cooptar por un caudillo que viene del Norte, del Sur, no importa de dónde viene, pero de provincias con muy pocos habitantes, con un currículum prácticamente desconocido. Bueno, ésta también es una pregunta que nos tenemos que hacer de cara al 2020, no vaya a ser que en el 2020 estemos hablando del fulano de tal que vino, no sé, de Santiago del Estero, que no lo conocíamos, apareció de la nada y resulta que se quedó con todo el poder."

Encontramos una continuidad entre los discursos de mediados del siglo XIX y este discurso del siglo XXI: el sorprendente uso de la palabra "caudillo", el casual insulto a Santiago del Estero (¿por qué no podría venir el presidente de Santiago del

Estero, donde se encuentra la más antigua ciudad de Argentina, "madre de ciudades"?), la preocupación por la racionalidad "alta" asociada con la educación y el currículum.

En el siglo XX y en el XXI "la ciudad" sigue siendo Buenos Aires, y la barbarie es aquello que está fuera o lejos de ella; lo otro, sin embargo, ya no es el campo o la pampa sin más; por una fascinante transmutación, el campo pampeano ya no es el espacio de lo inculto y lo salvaje: ha sido civilizado por el tractor y el arado. Se ha transformado en la "Pampa Gringa", el espacio de la "paz del trigo" y de todas las virtudes de la laboriosidad. Quedan, sin embargo, algunos espacios míticos que pueden ser construidos como lo otro y lo distinto: las otredades del Noroeste, el Noreste, la Patagonia remota (las tres áreas, no casualmente, que aún hoy tienen poblaciones de origen indígena). Pero la otredad más fuerte, postulo, se construye sobre un otro tan cercano y sin embargo tan lejano: el conurbano.

En los últimos veinte o treinta años hemos visto una explosión de producciones académicas y literarias sobre este territorio caracterizado como esencialmente problemático: el conurbano (y también, aunque menos, sobre las villas de emergencia de la CABA). Cientos y cientos de páginas se han escrito sobre estas "áreas marginales" que son unánimemente caracterizadas como el reino de la pobreza, la violencia y el desorden. (Lo que Sarmiento decía de la villa podría ser publicado hoy perfectamente: "La villa nacional es el reverso de esta medalla: niños sucios y cubiertos de harapos viven con una jauría de perros; hombres tendidos por el suelo en la más completa inacción; el desaseo y la pobreza por todas partes […] un aspecto general de barbarie y de incuria los hacen notables"). Especial interés hay en describir al conurbano como un lugar donde campean las *patologías políticas* de todo tipo. Por ejemplo, el clientelismo político y las dinastías prolongadas de los "barones".

Una gran parte de lo que se publica sobre clientelismo político en Argentina proviene de estudios de campo realizados en el conurbano, esa área que (se supone, se da como un hecho) tiene en función de su pobreza una naturaleza social y ontológicamente diferente a "la París de América". En una reunión en una universidad pública del conurbano, el entonces gobernador progresista de una importante provincia argentina nos dijo una frase que quedó resonando: "En el conurbano la pobreza y el clientelismo hacen que allí no existan sujetos políticos libres". ¿Sólo allí? ¿Los de los otros territorios nacionales sí lo son? Por un lado, resultaba llamativo que esa frase fuera dicha en una universidad situada justamente en el conurbano; universidad, por otra parte, que es una de las mejores del sistema público nacional y conocida por sus programas de investigación en tecnología. Por otra parte, en su provincia y en la ciudad misma de la cual surgió ese gobernador existen periferias urbanas con grados de pobreza tanto o más grave que la del conurbano bonaerense. ¿Significa esto que tampoco hay ahí subjetividad política libre?

En buena parte de los análisis del conurbano encontramos otra vez la matriz del viaje hacia lo otro y lo exótico, aunque ese viaje ya no lleve una semana a caballo sino sólo tomarse un tren. "En su diversidad y masividad resulta tan fascinante como aterrador" dice el politólogo Rodrigo Zarazaga en la Introducción al libro *Conurbano infinito: actores políticos y sociales, entre la presencia estatal y la ilegalidad*. Dice Zarazaga: "A menudo el conurbano se presenta al ciudadano de la CABA, pero también del resto del país, como 'un país otro', un lugar distinto donde acecha la amenaza" (Zarazaga 2017: 10).

Este "se" impersonal del "se presenta" marca justamente la continuidad de la matriz narrativa cuya genealogía he marcado. El conurbano "se presenta" como "un país otro", pero, ¿lo es? Es una zona acuciada por la pobreza, sin duda, pero ¿qué tiene de misterioso la pobreza? Ni la pobreza ni su opuesto, la rique-

za, son categorías ontológicas: son resultados bien concretos de estructuras económicas y políticas que distribuyen la riqueza socialmente generada. Como bien dice Zarazaga, el origen de la pobreza no es fantasmagórico: a pesar de tener doce millones de habitantes, la provincia de Buenos Aires recibe menos del 19% de la coparticipación federal de impuestos, y las intendencias del área metropolitana una escasísima porción de la copartición provincial. Al mismo tiempo el conurbano es donde reside la mayor fuerza productiva del país, gran parte de la cual viaja cada día para dejar el valor agregado de su trabajo en la Capital y vuelve a su localidad de origen a usar servicios educativos, de salud, de infraestructura urbana que dependen de sus intendencias y están severamente desfinanciados. Y no hay que olvidar que en el conurbano hay también zonas inmensamente ricas, universidades públicas y privadas de excelencia, el hospital público con mayor tecnología de punta del país, y otras tantas cosas. Como señala Zarazaga: el conurbano necesita inversión pública, no hay mucho misterio en eso.

Y una y otra vez los analistas del conurbano que van a explorar ese otro encuentran (como Mansilla) que en esa zona *misteriosa* hay sobreabundancia de política. Como Zarazaga, en *La política de los pobres* Javier Auyero (1998) encuentra que los habitantes de ese barrio son capaces de dar cuenta de sus acciones en términos pragmáticos y racionales, que inscriben sus prácticas políticas y sus identidades en narraciones que las entroncan con tradiciones de la historia política argentina, que usan los recursos que tienen a mano (y que no pierden tampoco al llevar adelante demandas y reivindicaciones de mediano y largo plazo, como rastrean Pablo Forni, Luciana Castronuovo y Mariana Nardone en su estudio que detalla los procesos de tomas de tierras y construcción de viviendas autogestionados de un barrio en La Matanza, (2013) que involucran cuantiosos esfuerzos comunitarios, y como ha descrito Julieta Quirós en *El porqué de los que van* (2011).

## Baqueanos

Hasta ahora he intentado reconstruir lo que (siguiendo a Ginzburg) llamé una matriz generadora de sentidos. En esta matriz se combinan varios elementos que funcionan como dispositivos que generan narrativas pasibles de ser comprendidas y transmitidas: el analizar la realidad política a partir de relatar un viaje desde el centro a la periferia, de la ciudad al campo, y de la civilización a la barbarie; el imaginar que lo geográfico es determinante de lo político; el postular un "buen orden" social basado en las "buenas jerarquías"; un rechazo a lo barbárico entendido como aquello que mezcla, revuelve o corrompe el buen orden; el cuerpo como el territorio en donde se marcan y se expresan estas dicotomías.

Espero que a esta altura haya quedado claro que la pregunta que orienta este capítulo no es si esta matriz es verdadera o falsa, ya que ésta además de imposible de contestar, es francamente poco interesante. Lo interesante es comprender por qué la misma *ha sido y continúa siendo tan potente.*

La primera razón es que la postulación de una diferencia esencial entre un "aquí" caracterizado por lo racional y lo alto y un "allá" caracterizado por la irracionalidad tiene el efecto de legitimar la figura del analista, que se transforma en una figura oracular que transpone la frontera y habla por aquel que no puede hablar por sí mismo (el indio, el federal, el pobre). La segunda es reafirmar la diferencia normativa entre el aquí y el allá, entre nosotros y los otros.

Sin embargo, espero haber podido mostrar también que, finalmente, esas mismas matrices narrativas (y la experiencia vivida de los autores que con ellas se expresan) generan al mismo tiempo sentidos que contradicen las dicotomías vívidas del inicio. Las mujeres afroargentinas que van a recoger vísceras de descarte están fundando parte de la gastronomía nacional;

los unitarios carecen de sentido práctico y se comportan como extranjeros en su propio país; los habitantes del pueblo ranquel comían mejor que los cristianos y practicaban una especie de compleja democracia procedimental. Así, tanto Sarmiento como Mansilla y Echeverría nos alertan sobre los riesgos de imponer categorías binarias a una realidad que no lo es. El riesgo aquí es doble: equivocarse al pensar en el otro, y, más grave aun, equivocarse al pensar *en uno mismo*. Imaginarse a uno mismo como completamente racional, o sostener que para transformar la realidad es necesario *barbarizarse*. Como dice Ernesto Semán, imaginar "el espectro temible de las montoneras tanto en la ansiedad por controlar, moldear y pulir los impulsos violentos de las masas descontroladas" puede terminar en "la envidia que ese poder desbocado produce en quienes se llaman a reprimirlo" (2016).

En todos estos textos aparecen, finalmente, nuevos sentidos, imágenes, hábitos que escapan a las dicotomías de origen. En su mayoría son hibridaciones: mezclas de lo puro y lo impuro, lo alto y lo bajo, lo nativo y lo extranjero. También Julieta Quirós (autora del próximo capítulo de este mismo volumen) utiliza el concepto de *híbrido* para explicar hechos sociales que desafían modelos dicotómicos. Tal vez no sea posible, dada la fortaleza de la matriz ya existente, avanzar hacia una nueva mirada que permita comprender, clasificar, organizar y *habitar* estas hibridaciones de una manera más libre y desprejuiciada, pero puede ser que el trabajo valga la pena.

En el último párrafo, me permitiré una anécdota. En el año 2003 o 2004 realizamos con colegas una serie de actividades en un populoso barrio del conurbano bonaerense. Entre esas actividades hubo entrevistas y observaciones de trabajo de campo, ocupando brevemente el rol de viajeros del cual he hablado. En una reunión de trabajo, una referente barrial concluyó diciendo: "Nos gustaría que después regresen al barrio y nos cuenten

qué aprendieron, porque acá siempre vienen, nos entrevistan, se van, y nunca vuelven".

El desafío tal vez no sea ir de acá a allá para volver y contar; el desafío tal vez sea lograr *habitar* los diferentes lugares y las diferentes civilizaciones que nos conforman. Para cambiarlos, sí; pero como cambiamos nuestra propia casa, no como se altera un territorio ocupado.

## Referencias


AUYERO, J. (1998), *La política de los pobres,* Buenos Aires, Manantial.

FORNI, P., Castronuovo L., y Nardone, M. (2013), "Ni piqueteros ni punteros. Procesos de organización comunitaria durante el kirchnerismo. El caso de la urbanización de Villa Palito, La Matanza", en Pablo Forni, Luciana Castronuovo y Mariana Nardone, *Revista POSTData,* Vol. 18, Nº 2, 187-214.

GALPERIN, K. (2015), "Fiction and Utopia in Echeverría's *The Slaughterhouse*", Ponencia presentada en Latin American Studies Association Conference, Puerto Rico.

GINZBURG, C. (1989), *Ecstasies. Deciphering the Witches' Sabbath,* Chicago, Chicago University Press.

OSTIGUY, P. (2017), "Populism. A sociocultural approach", en Rovira Kaltwasser, C., Taggart, P., Ochoa Espejo, P. y Ostiguy, P., *The Oxford Hand book of Populism,* Oxford, Oxford University Press.

O'DONNELL, P. (sin fecha), Entrada de blog, disponible en: http://pachoodoncnell.com.ar/articulos/item/354-encarnacion-ezcurra

QUIRÓS, J. (2011), *El porqué de los que van,* Buenos Aires, Antropofagia.

SCHÁVELZON, D. (2000), *Historias del comer y el beber en Buenos Aires*, Buenos Aires, Aguilar.

SCHOO, E. (2000), "Lucio Mansilla, para la escena", diario *La Nación*, Suplemento de Espectáculos, disponible en: https://www.lanacion.com.ar/45152-lucio-mansilla-para-la-escena

SEMÁN, E. (2016), "Las 20 verdades", *Blog Panamá,* disponible en: http://panamarevista.com/las-veinte-verdades-7/

ZARAZAGA, R. (2017), "El Estado Golem", en Zarazaga, R. y L. Ronconi (compiladores), *Conurbano infinito: actores políticos y sociales, entre la presencia estatal y la ilegalidad*, Buenos Aires, Siglo XXI.

**Julieta Quirós**

# La interna peronista del siglo XXI. Enseñanzas desde Córdoba, corazón de un drama nacional

Para el argentino medio los *porqué* del peronismo –por qué su origen, por qué sus bases, por qué su persistencia, por qué su resurrección– son lugares sobresaturados. Algunos científicos sociales han sugerido que el problema de "explicar el peronismo" es parte de las prácticas políticas que lo producen como obstinación nacional (1). De entre todos los rumbos que ha tomado esa obsesión, las páginas que siguen buscan tomar distancia de uno, de carácter geopolítico: nuestro pensamiento en el peronismo ha sido y es excesivamente *bonaeren-céntrico* (lo que quiere decir también *porteño-céntrico* y *conurbano-céntrico*). Claro que esta distorsión no es del peronismo *per se*, sino más bien efecto del pensamiento indefectiblemente unitario de un país que, como el nuestro, se quiere –o dice querer– federal: *Buenos Aires* (ciudad, conurbano y provincia: cada una o todas juntas) es el punto de apoyo sobre el que delineamos las cosas (que imaginamos) argentinas. Y así, cuando queremos hablar de (el) *peronismo* nos basta echar un vistazo al peronismo bonaerense, al que suponemos sin tonada y, por esa razón, más representativo que lo que podría ser el peronismo correntino o

**1** Véanse Neiburg 1998 y Balbi 2009.

el riojano. Tenemos al peronismo bonaerense y *después el resto* –el "peronismo periférico", han dicho los historiadores **(2)**–, compuesto por peronismos que llamamos provinciales pero consideramos provincianos; territorios que presuponemos con lógicas demasiado propias, que cuando mucho condimentarían con especias regionales un guiso hecho a base de carne vacuna, criada y faenada en las tierras húmedas del Río de la Plata. Es cierto que *Buenos Aires* es, además de "cuna" del peronismo, el territorio que define la política del país; pero también es cierto que con el conurbano solo no alcanza, y eso que llamamos peronismo es siempre y necesariamente un plural. Esto, sin embargo, no quiere decir que el peronismo sea la suma de las partes (centros y periferias, puertos e interiores, ciudades y parajes, colectivos, cosechadoras y carros de tracción a sangre): más bien quiere decir que es la necesaria negociación *entre* esas partes; el peronismo es lo que se cose y se desgarra entre ellas en cada momento histórico.

Para contrarrestar, entonces, la sobredosis bonaerense que domina nuestra manera de conocer y pensar el peronismo –para descolonizar, en suma, nuestro pensamiento–, sigue aquí una mirada desde *Córdoba*. No vamos –entiéndase bien– a "dar voz al interior", ni tampoco a "visibilizar", en un grito de redención federalista, versiones autóctonas de peronismo. Más bien vamos a hablar de las tramas invisibles que hilvanan al peronismo como cosa de todos –*Nada peronista me es ajeno*, podría decir cada argentino–; tramas que anudan puntos y escalas geográficas desparejas, en una superficie nacional tan arenosa como maciza. Vamos a hablar de peronismo hoy, en sus relaciones y en su cartografía.

---

**2** Véase Macor y Tcach 2003.

## 2017: ¿Cómo llegamos a esto?

"La culpa no es de afuera, la culpa es del peronismo", sentenció colérico un intendente del interior cordobés ante un auditorio colmado de jefes comunales, legisladores, secretarios y ministros del Ejecutivo, la tarde de agosto de 2017 en que el peronismo provincial reunió a toda su tropa en la Casa de la Gobernación. El aire se cortaba con un cuchillo. El domingo anterior Córdoba había votado legisladores nacionales y el peronismo –que llevaba cinco mandatos consecutivos (casi veinte años) al frente del Ejecutivo de la provincia bajo la coalición Unión por Córdoba– había perdido por 18 puntos frente al oficialismo nacional presidido por la alianza Cambiemos. La cifra de 18 puntos superaba por mucho –demasiado– los cálculos preelectorales, y anunciaba lo peor.

Viniendo de quien venía, decir que la culpa era del peronismo quería decir: la culpa es de *Cristina,* que dividió al peronismo. Una manera de poner el problema adentro del peronismo pero afuera del peronismo cordobés. Sin embargo, todos los que estaban ahí ese día, en la Casa de la Gobernación, sabían que el *nosotros* no estaba libre de culpa: quienes habían encabezado las decisiones de campaña todavía padecían esa pastosa resaca moral de quien se levanta el día después de un pifie irreparable y da cualquier cosa por volver a la inimputabilidad del sueño. Sabían de las torpezas tácticas de la campaña, empezando por el hecho irremontable de que el gobernador Juan Schiaretti había salido demasiado tarde a despegarse del presidente Macri –el *amigo Macri*, como solía llamarlo–.

Todavía recuerdo el clima de desconcierto vivido en una escena perdida de una pequeña y desconocida ciudad del norte cordobés, faltando sólo dos meses para las elecciones primarias

(PASO) (3) de aquel agosto de 2017. El gobernador Schiaretti aterrizaba en la capital departamental con una comitiva de ministros y secretarios para presidir un acto de inauguración de obra. Lo esperaba una audiencia abultada para las escalas del interior del interior: intendentes y concejales peronistas de la región, representantes de instituciones locales, prensa local, vecinos. Pasada la liturgia convenida, llegaron las ansiadas palabras del gobernador: Schiaretti se explayó en los logros de la obra inaugurada, repasó las obras en curso y por venir, celebró la llegada del *progreso* a todos los rincones de la provincia, recibió los aplausos previsibles en cada momento de su discurso, hasta que, ya en tren de cierre, lanzó unas palabras que descolocaron a más de uno: "Porque nosotros sabemos –dijo– que la desigualdad de oportunidades no la resuelve el llamado 'derrame' del mercado. Nosotros sabemos –enfatizó– que la justicia social sólo la puede hacer el Estado. ¡Sabemos –y acá robusteció el tono de voz, preanunciando que lo que estaba por decir iba a ameritar un estallido de aplausos– que no hay derrame del mercado que garantice la justicia social!". Cualquiera que mirara el auditorio desde el estrado habría podido ver los ojos levemente achinados de intendentes y concejales allí presentes; el aplauso tibio que alguno atisbó a iniciar expresaba más desconcierto que convicción: ¿había que aplaudir?, ¿"mercado" versus "Estado"?, ¿"derrame"?, ¿"justicia social"? ¿Quién *carajo* estaba hablando? El mensaje contenido en ese vocabulario exótico –que salía *sí* de la boca del flamante gobernador– los había tomado por sorpresa: la campaña había comenzado.

Hacía mucho tiempo que el peronismo cordobés no predicaba con ese lenguaje. Es cierto que el gobernador Juan Schiaretti –a diferencia de su predecesor y tres veces gobernador de la

---

**3** Elecciones "Primarias Abiertas, Simultáneas y Obligatorias" (PASO), estipuladas por la Ley Electoral Nº 26.571, sancionada en el año 2009.

provincia por el justicialismo, José Manuel de la Sota– siempre se había caracterizado por un perfil y una comunicación más evocativos de los valores peronistas; esto en buena medida por la relación afectiva que Schiaretti conservaba con su militancia de juventud en el peronismo de izquierda, de raigambre cristiana. Pero aun así, el drama que en la última década había cismado al peronismo a lo largo y ancho de la provincia de Córdoba –y del territorio nacional en su conjunto– había hecho de ese lenguaje propiedad y sello distintivos del adversario: un enemigo interno llamado kirchnerismo. A los oídos del peronismo cordobés mayoritario y hegemónico –es decir, el justicialismo que presidía el Ejecutivo de la provincia desde fines de los años 90–, el léxico duro de la justicia social se había vuelto cosa de otros. Y si ahora, a casi diez años de enfrentamiento, Schiaretti salía a reapropiarse de algunos de esos símbolos era porque en estas elecciones (las legislativas de 2017) el contrincante que le esperaba era otro: a dos años de un kirchnerismo derrotado y debilitado, la saga que le tocaba esta vez al peronismo cordobés era resistir el vertiginoso ascenso del macrismo, una tromba política que él mismo había ayudado a crear.

Vale la pena recordar el significado de Córdoba en el resultado de las elecciones presidenciales que en 2015 pusieron fin, en contra de todos los pronósticos iniciales, a un ciclo de 12 años de hegemonía del peronismo kirchnerista. El día después del ballottage del 22 de noviembre de 2015 no hubo diario, radio o analista político que no hablara del "aplastante voto cordobés" contra el oficialismo *K*. En Córdoba la fórmula presidencial de Cambiemos obtuvo el 71,5% de los votos, lo que significa que la cantidad de votos con que Mauricio Macri superó en Córdoba a su contrincante kirchnerista, Daniel Scioli, fue mayor a la suma de todas las ventajas que le sacó en el resto de los distritos del país. Si a nivel nacional Macri aventajó a Scioli por la menuda cifra de casi 3 puntos (que lo terminaron consagrando Presiden-

te), en la provincia de Córdoba esa diferencia se multiplicaba a 44 puntos: la mayor del país. Le seguía en segundo lugar y lejos, la Ciudad de Buenos Aires, con 30 puntos de ventaja.

En una palabra: en 2015 el aporte de la provincia de Córdoba a la reconfiguración del mapa político nacional fue decisivo. Y el aporte del peronismo cordobés a ese 71,5% de votos amarillos, también. Si en las primarias de agosto y en las generales de octubre ese peronismo pudo darse el lujo de presentar una lista propia, como proyección de una alternativa peronista *no-K* (primero acompañando la precandidatura de José Manuel de la Sota en las PASO, y luego la candidatura del justicialista bonaerense Sergio Massa en octubre), en el ballottage de noviembre las cosas se pusieron negro sobre blanco: o *cambiamos* o sigue el kirchnerismo, y el peronismo cordobés no dudó en elegir lo primero. Desde luego, no lo hizo abiertamente –entiéndase: Macri no es peronista y el principal socio de su coalición partidaria era el radicalismo; el justicialismo cordobés no podía llamar a votar por *eso* oficialmente–, pero sí *por abajo*. Así, a lo largo y ancho de la provincia, en las grandes ciudades y en las localidades del interior, los cordobeses pudieron ver a representantes y emisarios del justicialismo yendo y viniendo con boletas de Cambiemos en la guantera del auto, y no faltaron figuras de renombre (intendentes, legisladores, militantes, presidentes locales del PJ) que los días previos a la elección definitoria echaran a rodar en sus comunidades un aviso "a título personal", que ofició de franca invitación al *cambio*: "Amigos, yo voto a Macri".

Ante el hecho consumado –la abrumadora cifra del 71,5% y Mauricio Macri festejando desaforadamente entre globos amarillos lo que no tuvo mejor idea que calificar de "un nuevo Cordobazo"–, no faltó peronista mediterráneo que en su fuero íntimo balbuceara: ¿cómo llegamos a esto? La culpa, le dirán los compañeros, la tiene el peronismo.

## La interna peronista del siglo XXI

En la segunda década del siglo XXI la gramática política argentina acuñó un nuevo giro para narrar viejas tragedias; aprendimos a decir y lamentar que aquello que nos divide es una *grieta*: la que separa a los kirchneristas de los anti-kirchneristas, kirchnerismo y anti-kirchnerismo; la imagen de un país partido al medio. Pero, lejos de calcar la fractura tradicional entre peronismo y antiperonismo, la *grieta* tuvo una particularidad de la que, acaso, hemos hablado poco: fue una fisura irremediable al interior del propio peronismo. Dicho de otro modo: eso que aprendimos a llamar la *grieta* no es otra cosa que la *interna peronista* del siglo XXI, e inclusive uno podría preguntarse si no fue la grieta del peronismo aquello que llevó a la grieta de la sociedad, y no a la inversa.

"¿Peronismo? –repreguntó por esos tiempos José Manuel de la Sota a un periodista que lo entrevistaba–. Hoy hay muchos que se dicen peronistas; hay *peronistasss* [repitió marcando la ese], pero no hay más peronismo". Una respuesta sobre la que acaso deberíamos decir: no hay más peronismo del mismo modo que no lo había antes, si es que alguna vez lo hubo. "El peronismo nunca fue un partido, el peronismo es una hidra de siete cabezas que se niegan a sí mismas pero pertenecen al mismo tronco", sintetizó poco tiempo después Dante Caputo, político y politólogo radical. Y no por acaso a los argentinos el drama de la "unidad del peronismo" nos suena a arpegio re manyado: solo lo que es separado puede (querer, añorar, tener que, o amenazar con) unirse. La "unidad" es una de las cartas míticas del peronismo –y entre otras cosas esto quiere decir que, como todo mito, tiene tanta fuerza de realidad como la realidad que la desdice–.

El punto es que, más que preguntarnos "qué fue" lo que produjo la grieta peronista al promediar la primera década del

siglo XXI, deberíamos decir: ¿por dónde se rajó el peronismo *esta vez*? Córdoba nos ofrece una suerte de caso ejemplar para responder a esta pregunta, entre otras cosas porque en Córdoba la interna peronista estalló tempranamente y a cielo abierto. Podríamos decirlo así: a diferencia del resto de los peronismos, el peronismo cordobés no pudo contener en la olla a presión la antipatía –tan ideológica como cultural– que desde el vamos existe o puede existir entre un peronismo provincial de raíz conservadora (como el que José Manuel de la Sota logró reinventar en los años 90 bajo la coalición Unión por Córdoba) y un peronismo progresista de aspiración cosmopolita (como el que Néstor Kirchner propuso proyectar, desde 2003 en adelante, bajo el ala de su Frente para la Victoria). En Córdoba estos peronismos no empatizaron ni compatibilizaron, y por eso se enfrentaron. Su hostilidad alcanzó decibeles estridentes, y si esos decibeles reverberaron en todo el territorio nacional fue en buena medida porque Córdoba *hablaba por* todo ese territorio. En otras palabras: por mucho tiempo el peronismo cordobés fue la herida por la que pudo supurar una lesión subcutánea que iba de Ushuaia a La Quiaca –y que incluía, desde luego, a nuestro usual peronismo "de referencia", el bonaerense–.

Para comprender esa herida desde Córdoba, conviene proporcionar al lector un par de detalles de la política mediterránea reciente. En primer lugar, recordar que Unión por Córdoba es la coalición inter-partidaria a través de la cual el justicialismo cordobés logró acceder a la gobernación de la provincia a fines de los años 90, tras 15 años ininterrumpidos de gobierno radical. Es decir: Unión por Córdoba es el peronismo que logró *ganar* una provincia históricamente reconocida y auto-narrada como bastión radical. Esa coalición no solo tomó la forma –tal como habría de hacerlo a nivel nacional con Carlos Menem– de una alianza entre justicialismo y fuerzas políticas liberales (entre ellas las agrupadas en la emblemática UCeDé), sino que en el caso cor-

dobés necesitó también apelar, como señala el historiador Juan Manuel Reynares (2013:72), a una "lectura a la vez conservadora y empresarial" de la propia tradición justicialista. En este sentido, bien podemos decir que la hostilidad que habrá de sobrevenir entre el peronismo delasotista y el peronismo kirchnerista calca los contornos de eso que acostumbramos a distinguir como un peronismo "más de derecha" y un peronismo "más zurdo".

Sin embargo, hay más: ese peronismo que De la Sota logró convertir en alternativa de poder provincial a fines de los años 90 era hijo de la *Renovación* peronista de la década anterior; junto a Antonio Cafiero, Carlos Grosso y Carlos Menem, De la Sota había sido una de las principales figuras de un movimiento que entendió que el justicialismo debía revisar seriamente sus modos y modales –excesivamente *pasionales,* por decirlo de alguna forma, para lo que la sociedad argentina post-dictadura esperaba y exigía a su dirigencia: una política razonable y de métodos pacíficos–. El peronismo necesitaba profesionalizarse como partido democrático, y esta fue parte de las apuestas de la *Renovación*. Ello requirió, como señala Reynares, de algunos desplazamientos identitarios, que en el caso del peronismo cordobés fueron reivindicados virtuosamente, por De la Sota y su entorno, en términos de una "apertura del partido": "La gente no quiere un tiempo radical ni uno peronista, sino un tiempo cordobés, donde los partidos tengan su espacio pero donde los independientes sean tanto o más importantes", decía De la Sota a inicios de los 90 (citado en Reynares 2014: 124). Esta iniciativa de "apertura" adquirió una peculiaridad –acaso un costo– que merece nuestra atención; lo pondría en estos términos: para erigirse como expresión de mayorías, el peronismo cordobés tuvo que someterse a un cierto trabajo de des-peronización. Táctica política o mecanismo inconsciente de supervivencia: hablar bien el cordobés de los nuevos tiempos le exigió al peronismo provincial ir quitándose los acentos más fuertes de su propia tonada.

Este proceso ha marcado la fisonomía del justicialismo cordobés hasta el día de hoy; podríamos decir que, en sus versiones hegemónicas, ese justicialismo vive y vibra un peronismo de *baja intensidad*. Así, por ejemplo, a excepción de ciertos ámbitos de extracción más sindical, es poco usual oír a los hombres de Unión por Córdoba entonar la Marcha Peronista; es poco usual escucharlos apasionar sus discursos con frases célebres de la doctrina, o encontrar una foto de Evita o de Perón en sus despachos, o alguno de esos típicos símbolos que pueblan la capilaridad cotidiana de otros peronismos periféricos y centrales.

La contingencia de los sucesos –y la recurrencia de las estructuras, diría el antropólogo Marshall Sahlins– quiso que a *este* peronismo –que en 2003 accedía a un segundo mandato disponiéndose a reposar, por fin, en la poltrona de esa dosis justa de peronicidad que supo conseguir– se le viniera a cruzar, desde la Casa Rosada, un peronismo que proponía un (re) armado nacional en la dirección exactamente inversa. Ese movimiento que poco tiempo después sedimentaría en el nombre de *kirchnerismo* se gestaba entonces al calor de relaciones tan ajenas al peronismo como devotas a algunas de sus principales banderas y simbologías. La mentada "transversalidad" urdida por Néstor Kirchner era curiosamente compatible con un reverdecer peronista tan exitoso como selectivo. Recordémoslo: radicales y progres de alcurnia aprendieron a mirar a Evita con otros ojos y a modular el lenguaje *nacional y popular* por sus propios medios; hombres y mujeres de Estado (nacional) se lanzaron al armado de agrupaciones y organizaciones territoriales (La Cámpora, Kolina, Unidos y Organizados, Movimiento Evita), en una suerte de *revival* diversificado de la experiencia de "los pibes de Perón"; una marea policlasista de jóvenes entusiastas descubrió la Marcha Peronista e hizo carne la máxima de que el peronismo no es una ideología sino un sentimiento.

Podemos decir entonces que aquello que se rajó en Córdoba no fue solo un peronismo más de derecha y otro más de izquierda, sino también la incompatibilidad entre un peronismo provincial esculpido a base de desperonización y otro que hizo de la reperonización el pivote de su identidad y su proyección nacional.

Estas incompatibilidades dieron un estampido irreversible a inicios de 2008, cuando el Ministerio de Economía del primer gobierno de Cristina F. de Kirchner expidió la "Resolución Nº125/08", bajo la cual ampliaba, con un sistema de retenciones móviles, el gravamen a la exportación de cereales y soja. Sobrevino entonces esa riña agonística entre el empresariado agropecuario y el gobierno nacional que tomó las calles y plazas de todo el país, y que cada mesa familiar argenta aprendió a llamar, discutir y batallar como el "conflicto del campo". Mientras el kirchnerismo trató de poner la puja en términos de clase (derecha versus izquierda, ricos versus pobres, oligarquía versus pueblo, concentración versus distribución), la oposición, y en particular los gobiernos provinciales, echaron mano a otro añejo drama nacional: unitarios versus federales, el puerto de Buenos Aires versus el interior del país. También *ahí* se rajó el peronismo.

Los peronismos provinciales como el cordobés interpretaron –y militaron fervorosamente– "la 125" como un embate de la Nación a las Provincias. Al igual que el resto de los gobernadores, el justicialista Juan Schiaretti –que entonces cursaba su primer mandato como sucesor de José Manuel de la Sota– se erigió en portavoz de los *productores* y *chacareros* cordobeses –vale recordar que nadie usaba la palabra *terrateniente*; tenía demasiado olor a clase ociosa y de lo que se estaba hablando ya en ese entonces era lo que iba a venir después: la Argentina "productiva" versus la Argentina "subsidiada"–. El conflicto fue capitalizado en las elecciones legislativas del año 2009: el kirchnerismo tuvo una pésima elección en Córdoba –y en casi todo el país–; dos años después, para las ejecutivas de 2011, José

Manuel de la Sota enarbola su tercera candidatura a la gobernación con la bandera de lo que entonces bautizó como "cordobesismo": defender los derechos de Córdoba frente a un gobierno nacional expropiador; defender los méritos de los hombres de trabajo frente a las usurpaciones de los avivados.

Lejos de ser una exaltación localista, el lema cordobesista hablaba una lengua universal que interpelaba de lleno al resto de las provincias: "cordobesismo" quería decir "Nosotros, el Interior", y era por tanto la prédica federal con que De la Sota se proyectaba como figura presidenciable de lo que, ya en 2011, muchos saboreaban: la posteridad del peronismo sin kirchnerismo.

Ahora bien: si hubo un actor político que padeció implacablemente los costos de esta grieta peronista, ese actor fueron los intendentes. Para cada uno de los municipios y localidades del país, la gestión de las cuestiones más básicas y fundamentales se vio cada vez más condicionada a los traqueteos del conflicto político entre el peronismo *K* y los peronismos disidentes. En Córdoba, por ejemplo, los funcionarios de los ministerios nacionales fueron haciendo costumbre primero, y regla después, la supeditación de convenios y obras al examen del prontuario de cada intendente, sobre todo de los peronistas: ¿querés el CIC? **(4)**. Veamos: ¿con quién andás? El gobierno provincial hizo lo propio, aceitando el retraso en los pagos de coparticipación como forma de disciplinar o aleccionar a los peronistas sediciosos: ¿necesitás *cash*? Veamos: ¿firmaste la solicitada? ¿Así que anduviste por Buenos Aires? Por los municipios de la provincia se rumoreaba que la administración delasotista recibía cordialmente a intendentes opositores del radicalismo por ejemplo, mientras monitoreaba celosamente los movimientos de los jefes comunales peronistas, ninguneando a aquellos que

**4** La construcción de "Centros de Integración Comunitaria" (CIC) en los territorios y localidades constituyó una de las obras más emblemáticas del Ministerio de Desarrollo Social bajo la administración kirchnerista.

sabía o sospechaba en buenas migas con el gobierno nacional. El kirchnerismo hacía lo mismo: podía recibir de brazos abiertos a intendentes radicales –muchos de ellos *K*, pero otros no–, y en cambio cultivar los peores gestos de desdén hacia los intendentes de peronismos disidentes. Como escuché decir en una oportunidad a un jefe comunal del norte cordobés: "Que alguien me diga cómo carajo hacés para gobernar un municipio de estos con Provincia o Nación jugándote en contra y yo me saco el sombrero".

En lo que sigue, propongo al lector que acompañemos de cerca algunas de estas encrucijadas de la (geo)política, y para eso lo invito a inmiscuirnos en las relaciones cotidianas entre peronismos tierra adentro.

## *¿De qué lado estás?* El laberinto peronista, desde el interior del interior

Imagínese un conjunto de pueblos y parajes ubicados al pie de una de las cadenas montañosas que componen la región popularmente conocida como Sierras de Córdoba. Pueblitos desparramados a lo largo de un valle de monte chaqueño que, por su topografía accidentada, logró sobreponerse a las talas masivas de algarrobo y quebracho que en los siglos XIX y XX abastecieron el sistema ferroviario nacional y sus sueños de progreso. Cada pueblo tiene su arroyo y su añejo sistema de acequias; su plaza, su iglesia, el mercadito del gallego, el destacamento, y el que ya fue creciendo –y pasó de paraje a comuna o de comuna a municipio– cuenta también con farmacia, estación de servicio, oficina de correos y cajero automático.

La ruralidad de las sierras cordobesas no se corresponde con el modelo pampeano agroexportador que domina la mayor parte del interior cordobés. Estamos hablando, como escuché decir

a un poblador serrano una vez, de *otro interior*. Históricamente, las familias plebeyas se alimentaron a base de trabajo rural golondrina, agricultura y ganadería de escala familiar, y la arquetípica recolección de yuyos (poleo, burrito, menta peperina, tomillo, carqueja), hoy rebautizados, en un acto de valorización oficial, "hierbas aromáticas y medicinales". Sobre el trabajo del yuyero se edificó el pilar de la oligarquía local: las llamadas familias acopiadoras. La plusvalía fue históricamente brutal. Y aunque en la actualidad el esquema está vigente –el patrón yuyero conserva modalidades de paga que hacen pensar que el primer peronismo por acá no pasó–, las últimas dos décadas han comportado una fuerte diversificación del mercado de trabajo en el sector de servicios, propiciada por la dinámica expansión del turismo, hoy principal actividad económica de la región.

Vale adelantar un último dato de contexto: en la última década, otro fenómeno ha contribuido a la transformación socioeconómica de la región; se trata de la afluencia sostenida y creciente de población de origen urbano, que llega a afincarse en las serranías de la provincia desde grandes metrópolis del país (Buenos Aires, La Plata, Rosario, Córdoba capital). Una novedosa y peculiar modalidad de migración interna a la que la sociología da el nombre de "neo-ruralismo", en la medida en que se trata de un movimiento que invierte la dirección migratoria típicamente "moderna": en lugar del campo a la ciudad, estamos hablando de gente que va de la ciudad al campo; gente que se desplaza en busca de "mejores oportunidades" no estrictamente económicas, sino más bien vitales; gente de la que uno podría decir: depone su "derecho a la ciudad" para reivindicar el "derecho a la naturaleza" que no tuvo. Junto al crecimiento de la actividad turística, en las Sierras de Córdoba la migración neo-rural ha dinamizado fuertemente el mercado de trabajo en el sector de servicios. Si tuviéramos que sintetizarlo en una imagen podríamos decir: el antaño recolector de yuyos, hoy se volvió peón de albañil.

En uno de esos pueblos serranos, uno que apenas supera los 3.000 habitantes y que daremos aquí el nombre de Mollar Viejo, gobierna por tercer mandato consecutivo César Gordillo, un intendente peronista que, al igual que el resto de los jefes comunales justicialistas de la zona, ha tenido que ingeniárselas para gobernar en la interna que le tocó en turno. De él y de esto nos ocuparemos en lo que sigue (5).

Si bien Gordillo es socialmente reconocido en la región como uno de los "intendentes de Unión por Córdoba" –lo que quiere decir que es reconocido, también, como uno de los hombres de A. Toñánez, caudillo y referente histórico del delasotismo en la zona–, la relación de este jefe comunal con el peronismo sotista no es ni ha sido lo que se dice "lineal". En primer lugar, Gordillo –o *el César,* como se dice en Córdoba y en los pagos de Mollar Viejo–, es de esas figuras que llegan a la política desde trayectorias no-militantes; no es de esas personas que "politizan" cualquier asunto; como buen serrano, habla poco, no es proclive a los posicionamientos, y cuando emite palabra pública lo hace en un léxico liso y llano que prescinde de cualquier jerga ideológica o partidaria. Si bien se define como peronista, César se siente más a gusto presentándose como *vecino*: la primera vez que se candidateó a intendente, en el año 2007, lo hizo desde un espacio orgullosamente reivindicado como *vecinalista*, en el cual lo secundaban peronistas, radicales e independientes. Además de desafiar fronteras partidarias –y de ganar por la peliaguda cifra de 8 votos–, aquella primera elección tuvo otro detalle decisivo: inicialmente César había intentado formalizar su lista vecinalista bajo el justicialismo cordobés, donde tenía varios vínculos personales, fundamentalmente a través de su tío

**5** A excepción de personajes de alto conocimiento público, utilizamos pseudónimos para los nombres propios de localidades y personas que protagonizan estas páginas.

Dardo, quien había gobernado Mollar Viejo en dos períodos consecutivos por el peronismo sotista. Ocurrió, sin embargo, que Unión por Córdoba no habilitó las elecciones internas que eran necesarias para que la lista de César fuera reconocida con su sello. Llegó el momento de cerrar las candidaturas y César y su lista no tenían partido desde el cual presentarse formalmente; tomaron prestado el sello de una coalición provincial y compitieron igual. Ganaron, y en ese mismo acto la orfandad política se transformó en un valor incomparable: habían ganado solos, sin partido ni banca ni padrino; no le debían nada a nadie.

Toñánez viajó personalmente desde la Casa de la Gobernación en Córdoba capital para felicitar a César: "Este gobierno es tu casa, te esperamos con los brazos abiertos", le dijo, y en poco tiempo César se convertiría en *uno más* de los intendentes de Unión por Córdoba de la región. No obstante, en esa integración logró conservar un capital político inalienable –había ganado solo– y, con él, una autonomía que sería –y suele ser, hasta el día de hoy– envidia de muchos.

Al promediar el primer año de mandato, estas condiciones fueron al encuentro de uno de los hilos invisibles sobre los que se teje y desteje la dinámica real de los procesos políticos: los antropólogos lo llamamos "relaciones personales". La llegada a Mollar Viejo de uno de esos nuevos vecinos oriundos de la gran ciudad –los "neo-rurales", en la jerga sociológica, los "de afuera" o los "jipis", para el poblador serrano– le abriría a César la posibilidad de crear un vínculo propio con la administración nacional entonces presidida por Cristina F. de Kirchner. Este nuevo vecino, a quien llamaremos B.B., se desempeñaba entonces en un cargo de peso en el Ministerio de Planificación con sede en la ciudad de Buenos Aires; y desde allí se disponía a colaborar en todo lo que fuera necesario para que Mollar Viejo –ese apacible poblado serrano que había elegido para construir

su refugio y lugar en el mundo– pudiera beneficiarse de las políticas que ofrecía la cartera del gobierno nacional y popular –del que B.B. se sentía orgullosamente parte–.

La comunicación personal que fue construyendo con César le valió a éste un *enlace* directo con las oficinas ministeriales. Las conversaciones con Buenos Aires y los viajes a la capital pasaron a formar parte de la agenda habitual del jefe comunal; con ellos llegaron los convenios y fondos para obras de agua, tendido eléctrico, asfalto, programas de trabajo, salud y vivienda social. Un enorme cartel celeste y blanco, emplazado sobre la ruta provincial, en la mismísima entrada del pueblo, parecía auspiciar esta promisoria relación: "Aquí también –rezaba el letrero– la Nación crece".

La prosperidad de los convenios no tardó en comprometer el acompañamiento electoral: en las legislativas de 2009 César Gordillo se jugó por el kirchnerismo –que en pleno "conflicto del campo" acabó teniendo una pésima elección provincial, a excepción de un puñado de intendencias *K* (y de Mollar Viejo, que se convirtió en una suerte de anomalía para el mapa político regional)–. Lo valiente, sin embargo, no quitaba lo cortés: en aquella elección César *pidió el voto* para los candidatos kirchneristas, pero no dejó de poner, como era costumbre, fiscales generales y de mesa para la lista de Unión por Córdoba, ese peronismo del que él, por historia familiar y territorial, y por interacción cotidiana, era naturalmente parte. Dos años después, en 2011, César elaboró una jugada más arriesgada: en las provinciales de agosto acompañó la reelección de José Manuel de la Sota a la gobernación (es decir, al peronismo delasotista) y en las nacionales de octubre la reelección de Cristina F. de Kirchner a la Presidencia (es decir, al peronismo kirchnerista); ambos peronismos eran ya abiertamente opositores.

Para sobrevivir, toda localidad necesita garantizar o bien una relación robusta con al menos *uno* de los gobiernos que le si-

guen (Provincia o Nación), o bien una relación tibia pero cordial con ambos; lo primero te garantiza respuestas, pero te genera excesiva dependencia; lo segundo te garantiza mayor margen de acción, pero corrés el riesgo de quedarte sin pan y sin torta. En 2011 César apostó a las ganancias y riesgos de lo segundo. Y lo cierto es que durante un tiempo no desdeñable la cosa anduvo bien. La primera dificultad surgió cuando B.B. sufrió un repentino desplazamiento en el Ministerio de Planificación. Si hasta entonces la credencial *K* de B.B. le había habilitado a César una cómoda circulación por las dependencias ministeriales, la ausencia de esta certificación dio vía libre a una pregunta que muchos se habían contenido a formular hasta entonces: *Y vos, ¿quién sos?* Lo que César tenía para contestar no era muy satisfactorio a los oídos de sus interlocutores *K* –y fundamentalmente de aquellos con oficina en Córdoba capital, para quienes el delasotismo (el peronismo del que César provenía y al que era asociado) era un Otro demasiado cercano–.

Lo cierto es que eso no habría sido un problema insalvable si no fuera porque fue precisamente *en ese momento*, de cara a las elecciones legislativas del año 2013, que Provincia y Nación –De la Sota cursando el segundo año de su tercer mandato como gobernador y Cristina Kirchner de su segundo como presidenta– dieron una escalada a su enfrentamiento. Cada cual se dispuso a cerrar filas, exigiendo lealtades y definiciones excluyentes. A cada intendente le dijeron: *Y vos ¿de qué lado estás?* Para jefes comunales como César esto tuvo un efecto inmediato e insoslayable: todo acto de gestión empezó a estar sujeto a demostraciones y mediciones de lealtad y compromiso. El año concluía y el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación seguía sin expedir una respuesta sobre la partida destinada a la construcción del CIC de Mollar Viejo. César insistía con llamados telefónicos y pedidos de reunión pero no tenía respuesta; ninguno de los empleados ministeriales le decía lo que se rumoreaba por las

oficinas de Córdoba y Buenos Aires: *Y 'este' ¿por qué faltó al encuentro de intendentes organizado por la Ministra?* Desde el flamante Ente de Intendentes Unidos y Organizados por el kirchnerismo en Córdoba, César recibía invitaciones a encuentros y plenarios, petitorios y declaraciones a los que adherir y firmar; cada convite era una inflexible evaluación: ¿a ver cuán compañero sos? Mientras tanto, el sotismo escudriñaba sus propias listas de asistencias y adhesiones, marcando a los jefes comunales con un tilde o cruz que repercutía directamente en la liquidez de fondos destinados a cada localidad.

Fue en este contexto que César depositó tanta expectativa en la buena nueva que llegó, hacia abril de 2013, desde el Ministerio de Planificación de Buenos Aires: fecha y hora para una audiencia con el ministro Julio De Vido que los intendentes cordobeses estaban esperando hacía mucho tiempo. Maricha, secretaria de la comuna de Mollar Viejo, no demoró en comprar el pasaje en ómnibus a Buenos Aires, pero un cambio de último momento en la agenda del ministerio la obligó a salir corriendo y conseguir un boleto de avión para el día siguiente. El gasto iba a correr por cuenta del municipio, y ésta fue una de las cosas que iba a colmar la ira de César ante los resultados fallidos de la cita: no fueron atendidos por el ministro ni ningún secretario; no salieron con respuestas concretas sobre las obras interrumpidas; y "encima de todo", el funcionario de tercera o cuarta línea que los había recibido, había "tenido el tupé" de retarlos "como a los chicos": que el gobierno necesitaba muestras claras de acompañamiento, que no todos estaban poniendo "lo que había que poner", y *bla bla bla*. Lo que más bronca le dio a César es que algunos de sus compañeros dieran lugar al apriete, alegando "lo difícil" que estaba la mano con el gobierno provincial; otros le pararon el carro: "Nosotros acompañamos –habría dicho César–. ¿Ustedes miran los resultados electorales? No sé si eso no les parece suficiente, o qué…". Y no, no era suficiente. Se nece-

sitaban actos de militancia, iniciativa territorial, declaraciones públicas, hablar bien y profusamente el lenguaje del *modelo*. Nada más lejano al estilo político de políticos como César.

No era que los ministerios estuvieran ejecutando una orden de arriba, sino exactamente lo contrario: en tiempos pre-electorales la competencia inter-ministerial se había vuelto feroz, y de ahí que cada cual exigiera lealtades, en algunos casos exclusivas –entiéndase, Unidos y Organizados no es lo mismo que La Cámpora, y La Cámpora no es lo mismo que Kolina ("¡¿Y a mí qué carajo me importa?!", se quejaba César)–. Sin el vínculo con B.B., la relación de César con el gobierno nacional y popular se había vuelto impersonal, y el kirchnerismo un aparato gélido de hombres y nombres que le exigían practicar la militancia del *nosotros*, pero podían darse el lujo de no conocerlo o no saludarlo en un mundano cruce de pasillo.

Faltando un par de meses para las legislativas de 2013, el peronismo sotista salió a recuperar hijos perdidos. Un soleado domingo de junio Toñánez se dio una vuelta por Mollar Viejo y se comió un asado en la casa de César. En esa camioneta 4x4 llegaron las primeras garantías de respaldo económico y promesas de conclusión de obra. La visita de Toñánez fue como el beso en la frente de ese amor que te acepta como sos y te dice, *Volvé, para mí valés*. César iba a dejarse acunar en estos brazos, como quien retorna a casa después de un largo viaje por un país donde se habla otro idioma y se comen otras comidas.

No lo declaró públicamente, ni se lo exigieron. El silencio de las urnas bastaba: en las legislativas de agosto de 2013 Unión por Córdoba no solo recuperaba sino que superaba holgadamente su promedio histórico de votos en Mollar Viejo. El día siguiente a la elección la vecindad pudo acompañar sus rutinas ordinarias con el runrún de apreciaciones sobre los resultados: que el César "es un veleta", que al César "quién lo entiende", que por el contrario "el tipo no es ningún zonzo: no se casa

con nadie", y así. A los pocos meses llegaron de la Casa de la Gobernación los primeros convenios para obra pública, y antes de eso el *cash* para arreglar el camión del municipio y pagar las deudas pendientes a empleados y proveedores. Poco tiempo después César podría apelar a las técnicas vernáculas de marketing político: en la puerta del predio comunal, una enorme plancha de telgopor forrada en papel afiche amarillo iba a exhibir las fotografías de la reanudación de obra del futuro "Salón de Usos Múltiples", la iluminación de la cancha del Club y los primeros pasos de la construcción de un playón deportivo para los parajes del Bajo. Mientras tanto, las primeras lluvias de verano empezaban a carcomer la pintura desgastada del gran cartel celeste y blanco emplazado sobre la ruta; al término de la estación estival, los contornos del "Acá" y "Nación" se habían tornado prácticamente imperceptibles. Sólo quienes habían conocido el letrero en su esplendor original podían distinguir, en el fondo gris blancuzco, los vestigios del mensaje.

## Muchachos acá tenemos que recibir a todos: el sciolismo y la esperanza de unidad

Para provincias como Córdoba y localidades como Mollar Viejo, las elecciones presidenciales de 2015 representaron la ansiada oportunidad de dar una vuelta de página a todo esto. Si hubo *una* promesa en la que los tres principales candidatos a gobernador de Córdoba coincidieron durante la campaña de ese año fue que garantizarían "mejorar la relación con el Estado Nacional". Mejorar era un eufemismo: la relación había que rehacerla porque estaba rota. Por su parte, los dos candidatos presidenciales entre los que terminaría dirimiéndose el futuro del gobierno nacional supieron leer muy bien el significado y valor político de Córdoba: en las elecciones primarias (PASO)

de agosto Daniel Scioli la eligió como lugar de oficialización de su fórmula; una manera de decir: Soy peronismo K, pero voy a hacer las cosas *distinto*. Su contrincante, Mauricio Macri, eligió Córdoba como lugar de cierre de campaña para las generales de octubre; una manera de decir: Si estoy acá es porque soy *Cambiemos*.

Mientras tanto, los laberintos peronistas tejieron a los jefes comunales nuevas encrucijadas. José Manuel de la Sota se lanzó como precandidato presidencial a disputar el liderazgo del peronismo *no-K*, esperando el debido acompañamiento de su tropa. Para la mayoría de los intendentes las aspiraciones del jefe fueron un verdadero problema: De la Sota no tenía chances de ganar; apoyarlo en las primarias de agosto era trabajar para la acumulación de su capital político personal, y después tener que salir corriendo a tocarle la puerta a alguno de los candidatos definitivos (y en política nada peor que llegar último a la fila). A la mayor parte de los intendentes no le quedó otra: por afinidad, lealtad o dependencia para con *el papi* –como le dicen los entendidos de la política en Mollar Viejo y alrededores–, les fue imposible evadir el compromiso de acompañarlo. Solo los que conservaban algún grado de autonomía pudieron barajar otras jugadas, y este fue el caso de César.

Fue nuevamente la contingencia de las relaciones personales la que le abrió una hendija impensada, la tarde de mayo de 2015 que tuvo la grata sorpresa de recibir el llamado de Don Belisario Funes. Nacido y criado en un pueblo vecino a Mollar Viejo, Funes era un viejo conocido del tío Dardo, quien había sido dos veces intendente de Mollar Viejo por el peronismo delasotista ("El único peronismo que había en esa época", me aclaró Dardo alguna vez, como excusándose). Hacía años que Funes no vivía en Córdoba, tantos como los que llevaba afincado en la provincia de Buenos Aires, trabajando para el duhaldismo. Ahora –se enteraba César– estaba oficiando de operador político del go-

bernador bonaerense Daniel Scioli, quien por entonces formaba parte de los dos o tres precandidatos presidenciales que el kirchnerismo tenía en mente para las primarias de agosto. He aquí la razón de su llamado.

La primera reunión fue en la casa natal de Funes, ubicada a unos pocos kilómetros del pueblo; le siguió otra que contó con la presencia de un representante del gabinete sciolista; César salió entusiasmado y con una misión en la que vislumbró una cuña: sumar compañeros y armar una mesa de apoyo al candidato Scioli en la región. Luego vino la invitación a La Plata, una reunión más amplia entre intendentes y el gabinete sciolista. Pocos días antes de consumarse la candidatura de Scioli como fórmula única del kirchnerismo para las PASO, César se dio el lujo de *primerear* en un medio de prensa local: "En las elecciones provinciales acompañaremos al candidato Schiaretti, en las nacionales nuestro candidato es Daniel Scioli".

"Un cocoliche", lanzó Maricha con un gesto de desdén, tirando el diario sobre el escritorio. Su comentario no era irónico: Maricha, mano derecha de César, era la persona que todos los días lidiaba con agentes del gobierno provincial y nacional para los asuntos de gestión más ordinarios; y éstos, como bien sabía, no eran inmunes a las estrategias electorales de su jefe. "Decime, ¿ahora qué les digo cuando me pregunten?", despotricaba. Ciertamente, con su declaración pública César anunciaba una jugada heterodoxa para ese momento, y el propio medio local grabó la anomalía en su titular: "Pertenece a Unión por Córdoba pero va con Scioli". El razonamiento fue bien recibido por César, porque era el efecto buscado: posicionarse tempranamente; ser sciolista antes de que el sciolismo fuera el peronismo ganador.

"El viejo Funes vino a ponerles guita a los intendentes sotistas para que se den vuelta", decían los entendidos de la política por los pagos serranos. Para el caso debemos decir que A. Toñánez, principal caudillo del peronismo sotista en la región, tam-

bién fue a prometerles el oro y el moro a los intendentes con tal de que acompañaran *al papi* en las PASO. La pregunta es entonces: ¿Qué más había en esa jugada de César? –a la que, dicho sea de paso, progresivamente se sumarían otros– ¿Por qué Scioli?

Para responder a esta pregunta vale recordar el significado político que Scioli tenía en ese momento para el propio kirchnerismo. La candidatura de ese gobernador bonaerense que venía del peronismo de "los 90", ese gobernador forjado en la tradicional "estructura del PJ", había sido aceptada por el kirchnerismo duro y puro a regañadientes, como un mal necesario para garantizar la continuidad del movimiento por otros medios. Recordemos más: el progresismo *K* se preparaba para pasar el invierno y resistir "desde adentro" el "aluvión de derecha" que el sciolismo le representaba. Bien: por esta misma razón Scioli encarnaba, para "intendentes del PJ" como César, una valencia exactamente inversa; era una suerte de profeta a la tierra prometida. "A mí me da la sensación que ahora, con Scioli, el kirchnerimo se va a volver más peronista", me dijo César una vez. Lo dijo al pasar, pero a mí no me pasó desapercibido: ¿qué era un kirchnerismo "más peronista"? El kirchnerista dogmático respondería: un kirchnerismo más *derechoso*. Mi hipótesis es que César respondería: un kirchnerismo más *cordobés*.

Porque si hubo un problema entre "Córdoba" y el "kirchnerismo" prácticamente ausente en las lecturas de aquellos que M. Offerlé (2011: 118) llama "profesionales y especialistas del comentario" politológico, es que el kirchnerismo-en-Córdoba fue demasiado cosmopolita; lo que quiere decir, demasiado e incorregiblemente *porteño*: porteño en sus representantes y emisarios, en su lenguaje y sus ceremonias, en sus modos y modales de hablar (y *comunicar*, como gustan decir hoy los expertos). En vísperas a las elecciones de 2015, por ejemplo, a intendentes y legisladores del interior cordobés no les era indiferente que la primera candidata a diputada nacional de Cór-

doba por el kirchnerismo fuera, además de dirigente de La Cámpora, una porteña afincada hacía no mucho tiempo en la provincia; como tampoco que el candidato a primer concejal por la ciudad de Córdoba fuera Sergio Barros, ese hombre de confianza de la ministra de Desarrollo Social Alicia Kirchner, que había aterrizado en la ciudad de Córdoba hacía unos años en una doble e indisociable misión: presidir la sede provincial del emblemático "CDR" (Centro de Referencia) del Ministerio y desempeñarse como secretario general provincial de la agrupación política Kolina.

Adicionalmente, en los últimos años el estilo de gestión de Barros había cimentado creciente malestar entre los intendentes: el CDR –se quejaban– "bajaba" sus políticas directamente, sin articular con los municipios. Vale detenernos un momento en esta acusación porque, en rigor, en la experiencia de localidades como Mollar Viejo la modalidad de gestión del CDR no tenía esas características sino más bien lo contrario. Victoria Mun por ejemplo, la joven representante del CDR para todo el departamento, mantenía una comunicación fluida con las áreas y empleados del municipio, y convocaba indeclinablemente a las autoridades municipales a las reuniones de la "Mesa de Gestión Social" que coordinaba en la localidad. Es cierto que Maricha se enfurecía cuando la chica anunciaba su visita sin la suficiente anticipación; pero esas caídas de sopetón no eran distintas a las de otros agentes gubernamentales (*Paren todo, llegué yo*, le dice cada jurisdicción territorial a la que tiene por debajo). También es cierto que las actividades de Victoria Mun comportaban un claro afán por vincularse cara a cara con las "fuerzas vivas" de la comunidad; pero esta dosis de "puenteo" tampoco estaba fuera de la normalidad de las relaciones entre Estados: en este caso, un Ministerio nacional buscando preservar sus políticas de las distorsiones que suelen introducir las internas locales.

En todo caso, el problema era que en cada uno de los movimientos de Victoria Mun los intendentes olían *algo más*: sabían que esta joven trabajadora social no era solamente una empleada ministerial, sino también la pieza molecular de un engranaje político para el cual las localidades del interior eran un universo virtualmente virgen y a conquistar. Dicho de otro modo, el kirchnerismo cordobés, cimentado sobre un conjunto de intendencias urbanas y de agrupaciones políticas con sede en las grandes ciudades, necesitaba *enraizar* en los interiores de la provincia, y producir allí algo que no tenía, o al menos no en la magnitud suficiente: los políticos lo llaman "territorio". De ahí la suspicacia de los intendentes de Unión por Córdoba hacia los emisarios ministeriales y sus modos de *operar*.

Fue el movimiento exactamente inverso lo que el sciolismo vino a ofrecer a esos intendentes; para el sciolismo, la alianza con los jefes comunales del peronismo cordobés representaba la posibilidad de construirse *territorialmente* con independencia de las estructuras típicamente *K* (legisladores, grandes intendencias y agrupaciones políticas), sobre las cuales no tenía ni tendría un dominio real –más bien al contrario, eran esas estructuras las que pretendían subordinar al sciolismo como un kirchnerismo de segunda–. De allí que esos intendentes (como César) vieran en la figura de Daniel Scioli la posibilidad de *peronizar* –en el sentido de *acordobezar*– el kirchnerismo. Es decir: por razones distintas pero concomitantes, unos y otro se vinieron como anillo al dedo.

La empresa, sin embargo, no fue tan fácil. A las estructuras preexistentes del kirchnerimo cordobés les costó recibir a estos intendentes advenedizos. "Qué vivo, ahora que vamos de ganador resulta que todos están con nosotros…", protestaban los *K* de primera hora. "Sciolismo y kirchnerismo somos lo mismo, somos parte del proyecto nacional y popular", insistía porfiadamente la primera candidata a diputada nacional de Córdoba

por el kirchnerismo, mientras entre sus bases el problema era precisamente esa pretensión de mismidad: "Ah, ¿resulta que ahora somos todo lo mismo?" No faltaron actos de resistencia: muchos intendentes *K* pretendieron que los recién llegados se subordinaran a ellos, respetando las jurisdicciones territoriales. César y otros intendentes vecinos padecieron este problema con el viejo Cabroli, intendente *K* de la ciudad cabecera del departamento al que pertenece Mollar Viejo. Célebre por su estilo personalista, al viejo Cabroli le encantaba hacer ver que *movía* las intendencias menores en su zona. Faltando un mes para las PASO citó a César en su despacho: "Quiero invitarte a que te sumes [al sciolismo]", le propuso; a lo que César le respondió: "Sí, yo ya estoy sumado…", lo que quería decir, "Estoy adentro, pero no con vos". Cuentan las malas lenguas que, en vísperas a las generales de octubre, Cabroli estuvo horas reunido en Córdoba capital, peleando para que le dieran el control de las localidades de su zona. Parece que solo la intervención de un dirigente de máximo peso pudo hacerlo entrar en razones: "Armando, tenés que entender que nosotros estamos sumando a los intendentes peronistas, y ellos no se van a poner debajo de tu zapato. Muchachos, acá tenemos que recibir a todos…"

En cada localidad con la que articuló, el sciolismo confió al peronismo de los intendentes de Unión por Córdoba la logística de la campaña y de la jornada electoral. Una señal del respeto territorial que se avecinaba. Lo único que los operadores sciolistas pidieron a sus flamantes socios fue que "no se cortaran solos" ¿Qué quería decir esto? Que –"por favor", enfatizó Belisario Funes en una reunión– les hicieran un lugar a los "sectores sociales" que ya venían trabajando para o con el kirchnerismo. ¿Quiénes eran? Los que aquí podríamos llamar (para diferenciarlos de su versión gubernamental y estatal) los "K de la sociedad", es decir, aquellos vecinos, adherentes y simpatizantes kirchneristas, muchos de ellos independientes, muchos otros

nucleados en agrupaciones de base. Si las estructuras "K del Estado" pretendían *subordinación* de los intendentes advenedizos, los "K de la sociedad" esperaban, al contrario, *inclusión* por parte de sus jefes comunales, súbitamente devenidos, en cada localidad, la "cara oficial" del candidato kirchnerista.

Vale la pena mencionar que, en Mollar Viejo y en la región de las Sierras de Córdoba en general, esos "K de la sociedad" constituyen una identidad social que coincide con los contornos de esa migración de origen urbano –la migración neo-rural– a la que referí algunas páginas atrás. El poblador nacido y criado en la región suele aglutinar a estos nuevos vecinos como los "venidos", los "llegados", a veces simplemente los "porteños", mientras en ámbitos de intimidad nos reserva –y me incluyo, pues soy parte de ellos– un mote jocoso: los de afuera somos básicamente "jipis" (6). "El porteño que se vino a afincar acá, todos kirchneristas, todos…", comentaba un intendente de Unión por Córdoba, como diciendo "no tienen arreglo" o "no hay mucho que hacer ahí". Desde luego, no todos los jipis son ni se consideran kirchneristas; los anarco-ecologistas se indignarían ante semejante confusión, y quienes se autoproclaman kirchneristas se horrorizarían por la injusticia: "¡Ma'qué todos! ¡Cada jipi macrista tenés por acá!"; sin embargo –y este es el punto crucial–, podemos decir que culturalmente el grueso de la migración neo-rural pertenece (o en su defecto roza la pertenencia) a esa "progresía inespecífica" –como escribió alguna vez, no sin tono desdeñoso, un columnista del diario *La Nación*– que ha nutrido al kirchnerismo como movimiento político y social de la Argentina reciente. En pueblos como Mollar Viejo tenés al jipi anarquista que no se presenta a votar porque "Cristina o Macri, son todos lo mismo", pero en su vida cotidiana comparte

**6** Escribimos "jipi" con jota e i latina para conservar su pronunciación vernácula y para señalar, también, que se trata de una identidad distinta, si bien emparentada, a la del tradicional *hippie*. Véase Quirós 2016.

con sus amigos *K* una amplia variedad de gustos, criterios éticos y estéticos, frases hechas, formas de vestir, hablar y gesticular; esas cosas que hacen al otro parte de un Nosotros. El poblador serrano puede olfatear a la legua el perfume de esa sustancia común, como también sus implicancias políticas, y así sabiamente nos homogeniza "todos kirchneristas". En este sentido podemos decir que, análogamente a lo que ocurrió en las esferas del Estado, en muchos rincones del interior cordobés el kirchnerismo también ha sido una cosa "demasiado porteña".

El sciolismo captó que estos *K* de la sociedad eran también, y a su modo, *territorio*: de allí el pedido a los intendentes de incluirlos, tanto en las actividades de campaña como en la fiscalización de la jornada electoral. En Mollar Viejo la cosa fue particularmente sencilla, no solo porque César tenía una relación cordial con los nuevos vecinos, sino también porque el *vecinalismo* que daba marca a su espacio político y a su manera de gobernar los asuntos locales tenía, desde sus orígenes, una peculiar virtud: no sólo incluía distintas identidades partidarias, sino que era capaz de abrigar a todos los peronismos posibles.

Llegó agosto de 2015 y este intendente llamó a todo su *territorio* a votar por Daniel Scioli. Una vez más, la coyuntura política no alteraba sus compromisos esenciales y materiales con el justicialismo cordobés al que pertenecía, y el cual en esa oportunidad acompañaba la precandidatura presidencial de José Manuel de la Sota; así, en las primarias de agosto y luego en las generales de octubre César dispuso dos fiscales por mesa de votación: uno para la lista del peronismo kirchnerista y otro para la del peronismo delasotista. La noche previa a la elección convocó en el bar de José Segundo a todos los vecinos que se desempeñarían como fiscales. El Chango Murúa, uno de sus punteros de cabecera, pudo darse el lujo de ironizar sobre las estrategias electorales del jefe: "A ver por favor, me prestan atención –ordenó a viva voz con su acento cordobesazo y haciendo gestos de

director de orquesta–: los kirchneristas se me ponen de este lado de la mesa por favor; y los nuestros –refiriéndose a los sotistas– de este otro lado. Ustedes –dijo a los kirchneristas–, llegaron demasiado temprano, viejo: ¡los sotistas estábamos citados a las 8 y la gente de Scioli a las 9! Y a vos César –dijo para rematar–, quién te entiende…".

En ocasión del ballottage de noviembre, César se jugó con un acto de militancia inusual: mandó a sus emisarios a distribuir casa por casa una invitación al acto de cierre de campaña "Daniel Scioli Presidente", firmada por "César Gordillo, Intendente". La noche previa al inicio de la veda electoral pudieron verse reunidos, en la casa de Don Artemio Figueras, presidente del Partido Justicialista de Mollar Viejo, nacidos y criados, jipis, sotistas, kirchneristas, radicales y no faltaron tampoco los independientes y escépticos.

César armaba esos *cocoliches*, como quien porfía en pegar piezas de porcelana con plastilina. Durante las distintas campañas que se sucedieron en aquel intenso año electoral que fue 2015, pudimos verlo moverse como un malabarista en apuros, participando de un acto *K* (a nivel nacional) y de un acto schiarettista (a nivel provincial) en un mismo día, con diferencia de pocas horas y pocos kilómetros. Y no es que la cosa le saliera redonda: era lanzar las naranjas al aire para atajar algunas y que otras cayeran al piso; levantarlas y probar otra vez. Cabe preguntarte si su "sciolismo" no descansaba en la ilusión de que *eso mismo* fuera todavía viable a escala nacional: un malabarista en la *grieta*; un malabarista *de* la *grieta*; alguien que tuviera la habilidad para mantener en una misma órbita, aunque no fuera más que precariamente, a todos los peronismos posibles.

## Muerto el perro…: el peronismo ante el abismo

La noche del 22 de noviembre de 2015 el justicialismo cordobés festejó el triunfo de Cambiemos (es decir, la derrota del kirchnerismo) como quien festeja un acto de liberación provincial. "Los cordobeses dijeron 'Basta', los cordobeses votaron en contra del maltrato del gobierno nacional", vociferaba por aquellos días José Manuel en radios y diarios. Veinte días después, el 10 de diciembre de 2015, Mauricio Macri estrenaba la banda presidencial en la Casa Rosada y Juan Schiaretti asumía en la Docta su segundo mandato no consecutivo como gobernador, revalidando así la hegemonía del peronismo de Unión por Córdoba en una provincia de estirpe radical. "Ya basta de discriminación", dijo Schiaretti en su discurso inaugural, anunciando que la nueva relación con el gobierno nacional "ya había comenzado". Cosa que era cierta: Mauricio Macri le debía demasiado a ese peronismo mediterráneo que tan decisivamente había contribuido a su victoria, de modo que los compromisos asumidos no se hicieron esperar, y en pocos meses se concretaron con Córdoba los acuerdos fiscales, la restitución de fondos coparticipables, la sanación de la caja jubilatoria provincial y condonaciones de deuda a la Empresa Provincial de Energía; en suma: el fin de la economía de guerra que el enfrentamiento con la administración kirchnerista le había valido a la provincia.

Los medios de comunicación documentaron la fraternidad en imágenes que pasaron a sedimentar el inconsciente colectivo cordobés de los nuevos tiempos: cada abrazo entre el presidente Macri y el gobernador Schiaretti –Córdoba fue por lejos la provincia más visitada por la investidura presidencial durante los dos primeros años de gestión– fue escrupulosamente fotografiado y televisado, incluido aquel que ambos mandatarios se estrecharon en agosto de 2017, faltando sólo un puñado de días para la elección legislativa nacional en la que jugaban de *oposi-*

*tores* –vale la pena recordar la escena: Schiaretti yendo al aeropuerto a despedir al presidente Macri, quien dejaba la provincia tras haber participado del acto de cierre de campaña de la lista de Cambiemos, principal competidora del oficialismo de Unión por Córdoba en esas elecciones de medio término–; el gesto (y el abrazo) causó revuelo en las filas del peronismo provincial: "¿Era necesario?", despotricaban militantes y dirigentes.

Esa fue la paradoja que las elecciones legislativas de 2017 le depararon al peronismo cordobés: la única chance de no ser fagocitado por el flamante oficialismo nacional era deshacer ese matrimonio. Los peronistas tenían que salir a separar lo que ellos mismos habían juntado dos años atrás. "¡Nosotros no somos lo mismo que el gobierno nacional!", arengaba la segunda candidata a diputada nacional de Unión por Córdoba en un acto de campaña celebrado a mediados de 2017 en una localidad cercana a Mollar Viejo. "Bueno: ahora vamos a ver cómo le explicamos a la gente", le decía al día siguiente el Chango Murúa a su intendente, César Gordillo, como avisándole: "Yo no te puedo garantizar nada". La advertencia del Chango era sensata (efectivamente, ¿cómo hacés para explicarle a la gente que (en la elección anterior sí pero) ahora no hay que votar a Macri?) y sintetizaba el problema del peronismo cordobés en su conjunto: ¿cómo recortás (y traés de vuelta) esa parte que cediste al 71,5% de votos amarillos?

La cuestión no es numérica ni procedimental: el peronismo cordobés –y con él la mayoría de los peronismos no-K o anti-K– descubrió que estaba ante un problema identitario, y que el costo de sacarse de encima al kirchnerismo había sido un mimetismo con el macrismo tan vertiginoso como profundo –y por eso difícil de deshacer para el electorado–. Así, la campaña del peronismo cordobés en 2017 bien puede describirse como una sucesión de intentos fallidos de *distinción*. Primero fue la vía ideológica: Schiaretti y sus candidatos reapropiándose de

algunos signos del lenguaje justicialista, como vimos al inicio de estas páginas; un modo de trazar frontera con la retórica liberal y emprendedorista de los hombres y mujeres de Cambiemos. Los resultados de las primarias de agosto mostraron que la estrategia era un callejón sin salida, no sólo porque la verba macrista del "mérito" propio y la "cultura del esfuerzo" sonaba todavía bien al oído del cordobés medio, sino también porque la verba peronizante no movilizaba las fibras de las propias bases y dirigencias del justicialismo cordobés –un peronismo que había aprendido bien la lección y los beneficios de la templanza–.

Para las generales de octubre Unión por Córdoba echó mano a otra vía, la geopolítica, reeditando la bandera y pedagogía del *cordobesismo*; en programas políticos, spots publicitarios y actos proselitistas los candidatos de UPC se cansaron de dramatizar la versión moderna de una historia de 200 años: "¿Saben ustedes que el transporte urbano de pasajeros cuesta en Buenos Aires la mitad de lo que cuesta en Córdoba? ¿Saben que los porteños pagan el litro de nafta 2 pesos menos que los cordobeses? ¿Saben ustedes que los porteños pagan de luz la mitad de lo que la pagamos los cordobeses? ¡Buenos Aires es la ciudad más rica de Argentina y sin embargo le pagamos la mitad de la luz entre todos! ¿Por qué todos estos beneficios para los porteños?", vociferaba Toñánez en un acto de campaña realizado a 40 kilómetros de Mollar Viejo, concluyendo apasionadamente que "por todo eso" era necesario votar legisladores que "realmente" fueran al Congreso Nacional a defender los intereses de los cordobeses.

El *cordobesismo* de 2017 fue un manotazo de ahogado; fue como decir: *No somos lo mismo, ellos están en Buenos Aires, y nosotros en Córdoba*; y, naturalmente, fracasó. En la elección de octubre el peronismo cordobés recuperó 2 penosos puntos de los 18 que el oficialismo nacional de Cambiemos le había aventajado en agosto. Parece que el *cordobesismo* está "cambiando

de dueño", ironizó el periodista Dante Leguizamón (2017: s/n) sobre los resultados electorales; y podríamos preguntarnos: ¿no sería también que estaba cambiando –si no es que había cambiado antes– de *contenido*? Porque podríamos decir que lo que desde 2015 en adelante la alianza entre el macrismo y el peronismo hegemónico vino a ofrecer a los cordobeses fue precisamente un cordobesismo por otros medios: un cordobesismo sin *Provincia vs. Nación*, sino con Córdoba como *corazón* de una Nación. Sin el enemigo kirchnerista en el poder, el viejo cordobesismo quedó como bola sin manija.

El peronismo cordobés mira las elecciones de 2019 con el vértigo de quien asoma la cabeza al precipicio a ver qué se siente. Los demás están en situación análoga –los analistas y demás profesionales del comentario político lo diagnosticaron al unísono: el gran perdedor de las legislativas de 2017 fue "el" peronismo porque perdieron todos y cada uno de los peronismos–. Hablamos de los peronismos que, como el cordobés, necesitaron de un tercero para dirimir su propia interna y extirpar a ese alter-ego kirchnerista que habría tenido la osadía de confundir la parte –*su* parte– con el todo. El tema –los peronistas lo saben mejor que nadie por experiencia histórica– es que matar a tu alter-ego es necesariamente matar algo de vos: esa cabeza gemela que odiás es también la que necesitás para seguir andando.

Habrá que coser las piezas, van admitiendo desde Córdoba; y empiezan a buscar aguja e hilo para otro zurcido a mano, que seguro va a andar bien.

## Referencias


BALBI, FERNANDO A. (2009), "¿Explicar 'El peronismo'? Apuntes para un debate pendiente", *Desarrollo Económico*, Vol. 49, Nº 193: 151-160.

LEGUIZAMÓN, DANTE (2017), "Cordobesismo, el regreso", *Revista Anfibia (Online)* http://www.revistaanfibia.com/cronica/cordobesismo-regreso/

MACOR, DARÍO y CÉSAR TCACH (comps.) (2003)*, La invención del peronismo en el interior del país*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.

NEIBURG, FEDERICO (1998), *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza.

OFFERLÉ, MICHEL (2011), *Perímetros de lo político: contribuciones a una socio-historia de la política*, Buenos Aires, Antropofagia.

QUIRÓS, JULIETA (2016), "Una hidra de siete cabezas. Peronismo, interconocimiento y voto hacia el fin del ciclo kirchnerista", *Revista Corpus* [en línea], Vol 6, Nº 1, http://corpusarchivos.revues.org/1595

REYNARES, JUAN MANUEL (2013), "Neoliberalismo y oclusión de la política en el peronismo cordobés. Notas desde una lectura rancierana", *Revista Identidades*, Nº 5, Año 3: 71-83.

___ (2014), "El peronismo cordobés en los 90: algunas notas sobre identificación neoliberal y práctica partidaria", *Revista Enfoques*, Vol. XII, Nº 21: 111-130.

*¿Volverá el peronismo?* Se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2018 en talleres de Pausa Impresores S.R.L., Anatole France 360, Avellaneda, Provincia de Buenos Aires, Argentina.